

CAT

SANTIAGO MORATA



Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: *Cat*
Autores: © Santiago Morata

Copyright de la presente edición © 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

EDICIÓN NO VENAL. PROHIBIDA SU VENTA.

Impreso en España
Imprime: E-impresión

Esta novela es una completa ficción
y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, salvo las
referencias al pasado histórico,
fruto de una investigación corroborada por historiadores de prestigio.
Todos los personajes y circunstancias descritas en la novela
son imaginarios y no están inspirados en ningún hecho o persona real.
CAT es una obra literaria de ficción política,
una ucronía que relata la peripecia de unos personajes inventados,
situados en un futuro histórico ficticio.

A mis amigos catalanes.
A Cataluña, tierra que amo profundamente.
A Aragón, mi tierra.
A España.

La ciencia heredada de cien generaciones y el orgullo
fruto de cuatro mil años de historia
huyen como esclavos cogidos en falta
ante la amenaza tempestuosa.

Ippolito Nievo

La historia es una galería de cuadros
en la que hay pocos originales y muchas copias.

Alexis De Tocqueville

Me maravillo a menudo de que la historia resulte tan pesada, porque
gran parte de ella debe de ser pura invención.

Jane Austen

Una historia no es sólo verdad cuando se narra cómo ha sucedido,
sino también cuando relata cómo hubiera podido acontecer.

J. Mario Simmel

Índice

Índice de personajes.....	11
Prólogo.....	13
Capítulo 1: Joan	15
Capítulo 2: Samuel	23
Capítulo 3: Jero	33
Capítulo 4: Joan	39
Capítulo 5: Pere.....	47
Capítulo 6: Gemma.....	53
Capítulo 7: Samuel.....	67
Capítulo 8: Mark	75
Capítulo 9: Joan	85
Capítulo 10: Jero	101
Capítulo 11: Mark.....	109
Capítulo 12: Gemma.....	123
Capítulo 13: Pere.....	131
Capítulo 14: Joan	139
Capítulo 15: Gemma.....	161

Capítulo 16: Jero	169
Capítulo 17: Samuel	193
Capítulo 18: Mark	197
Capítulo 19: Pere.....	207
Capítulo 20: Gemma	223
Capítulo 21: Joan	231
Capítulo 22: Jero	241
Capítulo 23: Mark	251
Capítulo 24: Samuel	259
Capítulo 25: Gemma	267
Capítulo 26: Joan	275
Capítulo 27: Mark	283
Capítulo 28: Samuel	297
Capítulo 29: Mark	304
Capítulo 30: Gemma	313
Capítulo 31: Joan	323
Capítulo 32: Jero	331
Capítulo 33: Mark	337
Capítulo 34: Samuel	343
Capítulo 3 : Gemma	347
Capítulo 36: Joan	349
Capítulo 37: Jero	361
Capítulo 38: Mark	369
Capítulo 39: Samuel	387
Capítulo 40: Joan	393
Capítulo 41: Mark	399
Capítulo 42: Jero	409
Capítulo 43: Gemma	417
Nota del autor	425
Agradecimientos	429

ÍNDICE DE PERSONAJES

Samuel Morales: nieto de inmigrante peruano, que trabaja y vive en Fraga, provincia de Huesca, en el límite con la provincia de Lérida. Este tiene mujer Juana, y dos hijas: María, la pequeña y, Lina, la mayor.

Joan Pons: terrorista a sueldo de un político del partido del Govern, que vive en Barcelona. Su novia se llama Montse.

Jero Márquez: investigador militar, vive en Huelva. Su tía, su tío, y sus primas Rocío y Candela viven en Barcelona.

Pere Amador: profesor de historia en un instituto de Castellón. Su mujer se llama Alicia.

Gemma Masip: empleada del partido del Govern, vive en Barcelona. Tiene un exnovio, catalán independentista de Reus, Antonio, que vive en Barcelona.

Mark Blanchard: investigador europeo suizo. Agente secreto. Su exmujer se llama Gretel.

Algunos de los personajes secundarios más importantes son:

Arcadi Estadella: político del partido del Govern,

Matías: dueño de una discoteca de Pedralbes.

Julián: policía.

Jaume Corts: líder del partido catalán del Govern.

Isabel Vázquez: líder del gobierno conservador en España.

Jean-Claude: jefe de Mark y responsable de la investigación europea sobre el terrorismo independentista y la cuestión catalana.

Bertrand: investigador europeo oficial.

PRÓLOGO

Hace ya algún tiempo que Santiago Morata nos tiene acostumbrados a sus novelas históricas sobre Aragón y el Antiguo Egipto; en todas ellas ha demostrado un magnífico pulso narrativo y una magnífica capacidad para la narración.

Ahora, Santiago nos sorprende con una novela que se podría calificar de historia ficción (o no, ya veremos), ambientada en un futuro (¿previsible?) cercano en la que una guerra por la independencia de Cataluña aparece como telón de fondo de una ucronía. En la novela se plantea una hipótesis que, en principio, parece descabellada e imposible: una guerra entre Cataluña y el resto de España por la independencia de esta comunidad autónoma.

Con una excelente puesta en escena y un tracto narrativo que discurre a una velocidad vertiginosa, discurren por el texto, en el que no faltan referencias a la historia, personajes atrapados en una maraña de intereses personales, ideologías confusas y postulados políticos en los que, pese que son una ficción, podrían reconocerse personajes y situaciones perfectamente asimilables con la situación de Cataluña y España en el año 2014.

La miseria de la política, la desmedida ambición de poder, la cerrazón de ciertas ideologías, la ceguera de los responsables públicos ante el interés común..., y muchos más problemas históricos, políticos y sociológicos discurren por las páginas de este libro, que en el fondo no es sino una reflexión sobre uno de los principales problemas de España: la articulación territorial y las relaciones entre las distintas comunidades de un país y de estas con el poder central.

Porque la dinámica centrípeta del poder y su contraria centrífuga en la política española no ha dejado de ser uno más de los hilos conductores de la historia de España en los dos últimos siglos.

Esta novela es una apuesta arriesgada y valiente de un escritor como Santiago Morata que, lejos de actuar como un cronista ajeno a la narración, se inmiscuye en lo que narra.

El lector encontrará en esta novela mucha acción y una vorágine de acontecimientos que se suceden sin dejar apenas un instante de reposo para tomar aliento, pero también, y en mi opinión aquí radica uno de los principales méritos de este libro, una novedosa manera de afrontar –proyectando los problemas del presente en un futuro imaginario– los graves conflictos sociales y políticos de la España contemporánea. Un acierto. Disfrútenla.

© José Luis Corral, 2014

1. JOAN

Barcelona, 5 de junio

Si abor das una situación como asunto de vida o muerte, morirás muchas veces.
Adam Smith

La manifestación llegaba a su fin. Tras recorrer varias calles de Barcelona de modo pacífico, al fin concluía en la plaza Catalunya, donde el cielo del atardecer se velaba con el humo de los cigarrillos y el calor.

Resultaba patético ver aquella multitud vistiendo el paseo de Gracia con camisetas del mismo color, como si fuera un tifo de los que se suelen llevar a cabo en el Nou Camp cuando se juega contra el Madrid. Parecía una bonita jornada en familia donde se reúne la gente en buena armonía a expresar su voz.

«¡Y una mierda!».

Al menos oficialmente, así debía ser.

La gente ya se sabía el orden, como si se tratara del libreto de la ópera, y los «ciudadanos de bien» se apresuraban a abandonar la plaza, mientras nuevos elementos se iban adhiriendo a la multitud. Los que no quedaban bien entre las pancartas y junto a los jerséis de color salmón, los pelos engominados, las americanas con coderas y las consignas almibaradas.

«De esas que riman».

Era su turno de entrar en acción.

Dio la orden y todos se pusieron en marcha.

Levantó la vista, dando una vuelta sobre sí mismo. Sonrió. Estaba reconociendo el campo de batalla.

«¡Me encanta!».

Era como llevar a la realidad uno de aquellos juegos de rol en los que se decía sobre la vida y la muerte... ¿Y en qué mejor escenario que la plaza Catalunya?

Se sintió vivo. Sudaba, y no sólo por el pegajoso calor húmedo del atardecer, sino por la excitación. Siempre gustaba de vivir aquellos momentos previos a la acción como si fueran los últimos, mientras dejaba que la droga de la rabia se repartiera bien por cada vaso sanguíneo.

Vio los edificios cambiar de tono a medida que el sol comenzaba a caer, aunque el calor no remitiría un ápice. Conocía cada manzana, cada casa y cada centro comercial. Le encantaba esa ciudad. Su ciudad. Desde el Tibidabo al mar y desde Cornellá hasta Badalona. Respiró hondo y llenó sus pulmones de aquel aire ligeramente viciado, que luego se enrarecería del todo.

«¡Es la hora!».

Joan odiaba aquellas pantomimas. Los políticos que se ponían en primera fila sosteniendo la *senyera* y sonriendo a las cámaras de fotos y televisión. Así no se conseguía nada. Nadie prestaba atención en los telediarios a ninguna manifestación en la que saliesen pancartas impresas industrialmente y sonrisas por doquier.

Eran ellos los que conseguían la notoriedad que necesitaban. Ellos los que se jugaban la piel enfrentándose a los *mossos d'esquadra* y los geos, y poniendo nerviosos a los políticos en Madrid.

Los últimos manifestantes comenzaron a dispersarse.

Sonrió de nuevo.

Cubrió su pálida cara con el pasamontañas negro; sentía vergüenza al tener que cubrirse, pero de momento era aún necesario. Un día podrían hacerlo con la cara descubierta, la frente bien alta y sin miedo. Tal vez entonces reconocerían su labor.

Sintió calor y picor, pero la adrenalina le poseyó como la mejor de las drogas cuando comenzó a gritar y a sacar de su mochila los primeros cócteles molotov.

Sus compañeros de militancia y amigos se apiñaron a su alrededor y sintió una palmada en la espalda. No se volvió, aunque una cabeza cubierta con una bolsa de tela, bajo la que asomaba una preciosa melena rubia se situó a su lado.

—¡Dales caña!

Vio sus ojos sonreír. Si todo salía bien, aquella noche, el poso de adrenalina junto con un par de porros y el ardor amoroso de aquella belleza se lo harían pasar muy bien.

Pero no era momento para distraerse. Los primeros conatos de lucha se hicieron patentes y los cordones policiales avanzaron en tímidas carreras hacia ellos.

Tomó la primera de las botellas con una mano, prendiendo la mecha de tela que asomaba por el cuello.

Sopesó la botella, haciéndola saltar levemente en su mano mientras apuntaba a la mayor concentración de monos, como los llamaban, con sus armaduras de Kevlar, sus fusiles de bolas de goma y los tanques de agua que esperaban tras ellos. Tensó su brazo y, apretando los dientes, lanzó con todas sus fuerzas la botella.

Tenía mucha práctica. No en vano era el líder de los jóvenes revolucionarios y ya contaba con muchos combates a sus espaldas, lo que le hacía muy respetable y popular, no sólo entre sus camaradas, sino en los archivos policiales, aunque no era fácil de cazar. Existía una especie de jerarquía. Todos luchaban como el que más, pero a la hora de replegarse y huir, había que proteger al líder. Era lo más básico del manual, cuya mayor parte había escrito él mismo basándose en las biblias revolucionarias y anarquistas que había devorado.

Siguió la parábola de la botella hasta que el tumulto le impidió saber si había acertado, aunque los gritos y el murmullo creciente le dijeron que había sido un buen lanzamiento. Rio con fuerza y sus compañeros vitorearon la consigna.

«¡Mas simple imposible!».

—¡CAT!

—¡CAT!

—¡CAT!

En un momento, la pacífica manifestación se convirtió en su campo de batalla. Los primeros botes de gas cayeron entre ellos dispersándolos, aunque ni de lejos mermaron su capacidad.

Levantó la vista, buscando a los suyos, y al momento, gruñó de decepción. Odiaba a los cobardes que rompían escaparates, y no por incivismo, sino por cobardía. Sólo los que no querían enfrentarse a la policía disimulaban el pánico ante los camaradas rompiendo cristales como niñas, aludiendo que era parte del código antisistema. Luego serían los que más alto gritarían sus chorradas antiimperialistas.

«¡Putos cobardes!».

Estaban allí para joder a España, no para saquear prendas de marca. El puto centralismo que los exprimía y les negaba su destino como país independiente. Los putos socialistas que les prometieron la independencia a cambio de los votos necesarios para gobernar, y un día sí y otro no, se echaban atrás como ratas, buscando sacar un poco más en la negociación.

La plaza ya era un infierno de gases, pelotas de goma que volaban, y las primeras cargas de los antidisturbios.

Se distraía con facilidad, pero eso había acabado. Recordaría el nombre de los cobardes.

Gritó, llamando a sus valientes y ordenándoles un barrido.

Lanzaron sus cócteles y tomaron sus armas; palos, bates y otros garrotes improvisados que no pudieran identificarse como armas ante los medios, para que no les juzgasen como asesinos; que era lo único que les faltaba, que les trataran como criminales cuando eran patriotas.

Tenían muchos adeptos y poderosos mecenas que les pagaban abogados que les sacaban de la cárcel a los pocos días. . .

Pero nadie que se atreviese a dar caña como ellos.

Giró su mochila y sacó una enorme llave inglesa. Era el único que tenía huevos de llevar algo así.

De nuevo, reconoció el terreno girando sobre sí mismo.

«¡Dios!».

Cómo le gustaba aquel cuadro. Los perfiles de los grandes edificios que rodeaban la plaza Catalunya, atenuados por el humo de los gases, los colores de las bengalas y las luces de los coches de policía, los almogávares corriendo con los ojos entornados bajo las máscaras y capuchas, llorosos por los gases lacrimógenos, blandiendo sus armas improvisadas. Parecía un retrato. Una alegoría de la épica, de la forja de un país.

«¡Una auténtica revolución catalana! ¡Y él era el protagonista!».

Durante unos instantes, disfrutó de aquella escena, sintiendo la adrenalina fluir y su corazón golpear más deprisa.

Mientras continuaba el bombardeo con las botellas inflamables y los más pusilánimes apenas forcejeaban con los antidisturbios, se metió entre ellos ocultando su arma, hasta que golpeó al primero con saña en el cuello. Cayó como un fardo. Fue hacia el segundo y le golpeó la pantorrilla con fuerza. El acolchado poco pudo hacer y cayó también, agarrándose la pierna. Los compañeros se acercaron para retirarle

del campo de batalla y la refriega se concentró allí. Blandió la llave inglesa y a uno que bajó la guardia al agarrar al compañero, le acertó en un hombro.

Ya no pudo ocultarse más, pero le daba igual. Estaba como poseído y sentía una euforia que no le daban ni la cocaína ni el sexo. Una fuerza que no parecía surgir de su cuerpo largo y flaco, aunque fibroso y fuerte.

Repartió golpes, sabiendo cuándo debía replegarse y cuándo atacar, conocedor de las técnicas de los monos. No en vano, un expolicía era quien los entrenaba.

Su valor contagiaba a su grupo. Se imaginaba combatiendo como aquellos almogávares catalanes de leyenda que fueron la vanguardia más salvaje del mundo. Así se hacían llamar.

Sintió un golpe en un costado y gritó de rabia. Una pelota de goma. Se masajé la zona dolorida para evitar un hematoma y calmar el dolor. Sonrió. No se había roto una costilla. Una pelota disparada desde una distancia corta podía incluso ser mortal si te acertaba en un punto clave.

El dolor espoleó su furia y continuó golpeando.

Se sentía como un dios, poderoso, implacable e inmune a los ataques de los monos, que parecieron retirarse.

Gritó de alegría, ebrio de poder.

Pero no era una retirada...

Sino una trampa.

Lo supo al instante. Por el modo de correr de los monos supo que aquello estaba ensayado. No habían sido sino el cebo y ahora les caería la de Dios.

«¿Pero cómo no lo veía nadie más? ¿Es que eran todos estúpidos?».

—¡Retirada! ¡Nos vamos! ¡Que vienen los geos! ¡Es una trampa! ¡Corred!

Pero no había dónde huir. De las calles adyacentes a la plaza comenzaron a salir monos y geos como hormigas, sin dejar entre ellos el lugar que ocupa un hombre.

No había salida.

Los habían traicionado.

Los mismos mecenas que les pagaban el sueldo, les advertían cuándo la cosa iba a ponerse especialmente fea para que supieran cuándo y dónde huir, pero allí no había dónde refugiarse. Ni en los comercios, ni en las casas. Habían cubierto los accesos con rapidez. Nunca había visto un despliegue semejante.

Los habían vendido a los políticos. Mañana los telediarios hablarían de una victoria sobre los antisistema, y los abuelos en sus casas sonreirían y los llamarían perroflautas.

La rabia le inundó.

¡Pues darían guerra!

Llamó a Montse —la melena rubia— y a sus lugartenientes.

—Vamos a concentrar las botellas que nos queden en un solo frente para intentar atravesarlos. Entonces nos dispersamos y nos escondemos hasta que escampe. El que se acojone, mañana se las verá conmigo.

Escogieron el frente del Portal de l'Angel que parecía el menos defendido y el mejor para huir por entre las callejas del Barri Gotic, y corrieron hacia él, gritando y esquivando las bolas. Joan tenía miedo de que, una vez separados de los manifestantes pacíficos, utilizarasen municiones de verdad y les disparasen balas en vez de pelotas, pero no podían hacer otra cosa y a él no le salía de los huevos dejarse coger como un conejo.

Corrió como un loco, y cuando les quedaban apenas treinta metros, gritó y de la segunda fila, se lanzaron unas veinte botellas —siempre se guardaban las últimas por si la cosa se ponía fea— a la vez.

Fue una carnicería. Varios monos se retorcieron entre llamas, y otros les ayudaron patéticamente.

Saltaron sobre ellos ignorando el fuego.

Jamás había estado en una movida como aquella. Los golpes llovían de todas partes y él, a su vez, no dejaba de golpear con su llave inglesa. Vio como muchos atravesaron el cordón y corrieron hacia las callejas del Barri Gotic, pero él estaba rodeado. Parecía que le conociesen.

«¿Dónde cojones ha quedado el rollo de proteger al líder?».

Esperaban que echase a correr y cerraron el paso tras los últimos huidos. Creían que se iba a rendir. Eufórico y chutado de adrenalina, casi se echó a reír.

«¿Querían barro? ¡Pues les iba a dar!».

Y sintió de nuevo la fuerza doblarse en sus brazos, fruto de aquella droga que le hizo ignorar el propósito de huir y sólo se concentró en golpear monos.

Hasta que le rodearon y comenzó a encajar los primeros bastonazos de las porras cubiertas de goma.

Se ensañaron con él en todas las partes de su cuerpo.

Ya tumbado, y antes de perder el conocimiento, pensó:

«Espero que me hayan sacado bien en la tele. Ya que esta noche no iba a follar, por lo menos que se acordasen bien de mí».

Joan despertó entre dolores que conocía bien, pero al abrir los ojos encontró un paisaje totalmente desconocido.

Extrañado, inspeccionó con la mirada la estancia.

«Esto no se parece a la enfermería de la prisión».

Se miró. Llevaba puesto un pijama de seda tan suave que parecía que estuviese desnudo. Si le hubieran enseñado la prenda antes de ponérsela, la hubiera rechazado en defensa de su hombría, pero era muy cómoda. Las sábanas de la cama también eran de un tejido que no se parecía en nada a las bastas telas de algodón o lino comunes.

Era una habitación de hospital, pero no respondía al trato que solía recibir. En esta ocasión se trataba de un hospital de los lujosos. Si no fuera por los tubos y las máquinas, hubiera pensado que estaba en la suite de un hotel.

Jamás había estado en un lugar tan lujoso. Los muebles eran puro pijaerío; el suelo brillaba de puro limpio sin parecer el clásico linóleo de hospital; tenía un baño que adivinó sería la hostia, y una terraza con muebles de bambú y todo. Incluso un jarrón con flores, que eran bonitas hasta para su gusto ordinario. Nunca le habían llevado flores, y a pesar de ser una mariconada, agradeció el olor a limpio y la fragancia. Las enfermerías carcelarias olían a todo menos a flores.

Estaba de suerte. Y fuera lo que fuese, no iban a llevarle al trullo después de aquello; así que se serenó.

Mató el tiempo palpando su cuerpo, buscando heridas y huesos rotos, pero aparte de un sinnfin de hematomas, un ojo hinchado y un dolor de cabeza del quince, estaba bien.

«Para la ensalada de hostias que me han dado...».

Fue una enfermera que tampoco hubiera visto en la cárcel. Resultaba tan impresionante que se cortó de tirarle los tejos. Claro que tampoco estaba para botes con el dolor de cabeza que tenía. Le sonrió y le cambió un par de vendajes. Se dejó hacer, impresionado por su delicadeza.

«¡Qué coño, y por lo buena que está!».

Al rato entró un hombre trajeado y bien plantado.

«¡Hostia! Un político. ¡Cuidado con este!».

Normalmente, ese tipo de gente le generaba rechazo y desprecio, pero este no era un político al uso. Había algo raro en él que le dijo inmediatamente que debía tener cuidado con él. Era peligroso y al menos merecía un respeto, como una culebra mala.

—Buenos días, Joan. ¿Cómo te encuentras?

«¡Estoy en un hospital. No te jode!».

—Bien. Me duele la cabeza.

—Llamaré para que te den algo.

«Está jugando al poli bueno».

—¿Quién eres y qué hago yo aquí?

El hombre misterioso se sentó en la cama. Su cara angulosa y sus ojos pequeños, junto con las profundas arrugas de expresión negativa —no las que luce una persona sonriente— le dijeron que era peligroso y vengativo, y sin embargo sonreía y parecía querer agradecerle, aunque no era la sonrisa jovial de un niño o la de una mujer enamorada, sino algo prefabricado como la mala pizza.

—Hace tiempo que te venimos siguiendo. Nos gustas y queremos que trabajes para nosotros.

Esto sí le sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque eres valiente y crees en la independencia de nuestro país.

—¿Porque pego más fuerte que los demás?

—No. Si te hubiéramos querido reclutar antes o pararte los pies, lo hubiéramos hecho ya. No te lo creas tanto. Pero sí tienes fe. Sigues adelante cuando los otros se esconden. Y tienes convicciones más profundas que el resto. Eso nos gusta.

—No sé. Sigo pensando que os habéis confundido de hombre. No tengo yo un buen currículum. . .

—Te equivocas. Para lo que queremos de ti, tienes el mejor. Además, sabes hablar y tienes cierta educación. No eres un puto garrulo como tus amigos. Hablas como si te movieras entre universitarios y, a pesar de tu pasado, eres inteligente y capaz de razonar y analizar.

—Eso es fruto del reformatorio. Es lo único bueno que me dieron, aparte de hostias sin consagrar e intentar desvirgarme por detrás. —Joan se incorporó en la cama. Cruzó las piernas entre dolores—. A ver; lo primero: ¿quién eres o quiénes sois?

—Mi nombre es Arcadi; soy político del Govern, aunque extraoficialmente, represento al ejército independentista catalán. No a la milicia, sino al verdadero ejército.

El joven rio.

—Es la primera vez que lo oigo, y aunque exista, no me veo yo desfilando.

El tal Arcadi sonrió. Joan de nuevo pudo constatar que no estaba acostumbrado a hacerlo y, más que una sonrisa, fue una mueca gatuna que desfiguró su rostro, lo que le dio más sensación de peligro.

«Malo. Mide las palabras con este tío».

—Hay muchas clases de soldados y para eso ya están los chicos comunes, los que son fáciles de reclutar. Tú eres diferente y eso te hace bueno para ser un soldado distinto y exclusivo. Sin uniformes ni disciplinas, salvo obedecer a tu superior.

Joan cabeceó para espabilarse.

—Me estoy mareando. ¿Por qué no hablamos claro? No pareces alguien a quien le guste perder el tiempo.

Arcadi se acercó. Joan supo que iba a ser examinado en cada gesto.

—¿Tienes cojones de poner una bomba en Madrid?

El chico sonrió.

—¿Así que es eso? —gruñó—. Lo podías haber dicho antes. Puedo bombardear España entera si hace falta.

—¿Y no te acojona matar gente?

—Ya sabes que no.

—No intentes impresionarme. ¡No sé una mierda! Lo de ayer fue una estupidez. Catalanes contra catalanes con palitos y fuegos artificiales. Si eso pasa es porque nosotros lo permitimos.

—¿Para dar titulares a las noticias centralistas?

—Así es. Pero eso no es luchar. ¿Pondrías una bomba en una escuela si te lo mando? ¿Te acojonaría matar niños?

—Si son españoles y sirve para reclamar nuestra independencia, me da igual. Esos cabrones nos han matado cuando han querido, de tantas maneras distintas que tendría que poner muchas bombas para compensar eso.

—Así es. Pero no quiero que hables. No más consignas, gritos y tonterías de perroflauta. Piensa que deberás pasar inadvertido en Madrid; quizás durante meses, hasta que con una llamada te activemos y hagas lo que tengas que hacer, en silencio y sin dar la nota. Ya veríamos nosotros si reclamamos la autoría o no. Si te queremos es porque eres el único que parece capaz de vivir entre madrileños sin liarla y manteniendo la cabeza fría y la boca bien cerrada. Actúa y mantén la boca cerrada. Es lo que queremos de ti.

—Eso suena un poco moro. ¿No querréis que me ate una bomba al pecho y me haga explotar con ella, no?

De nuevo aquella sonrisa cruel.

«Son muy capaces de pedírmelo. No les des ideas».

—No. O pones tú la bomba o tal vez te utilicemos a ti como correo para activar a otros. —Pareció pensar durante un momento, aunque era una treta de político demasiado artificial—. Sí. Eres demasiado valioso para jugártela. Y decidiremos eso. Pero esperamos mucho de ti. Cuando seamos una nación como debe ser, necesitaremos personas como tú. Pero tal vez te pidamos cosas que te hagan pensar. No todos pueden matar a sangre fría sin preguntarse quién es la víctima.

—Yo sí.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo. Te mandaré un par de meses a un entrenamiento intensivo en espionaje y explosivos, y luego te enviaré a Madrid. No hables de esto a nadie. Ni siquiera a tu «chocho».

Joan se estiró bajo las sábanas.

«¿Cómo puede saber cómo llamo yo a Montse si sólo lo sabe ella?».

Arcadi leyó los efectos de su comentario y sonrió.

—Como ves, tenemos oídos en todas partes. Hay algo más. Si te cogen, no te conocemos. No sabes nada de nosotros ni eres nadie. Búscate coartadas e identidades si quieres, pero aquí —le guiñó un ojo—, al menos oficialmente, nadie va a sacar la cara por ti. —Echó la mano al bolsillo de su chaqueta—. Toma. Para tus gastos. Tratamos bien a los nuestros, y si te meten en la trena, cuando salgas, guardaremos tu dinero y tu sueldo durante el tiempo que estés encerrado. Un sueldo cojonudo. Eso si callas, que si hablas, nos ahorrarías mucha pasta, porque no durarías ni una semana vivo. En cualquier cárcel.

Joan abrió el sobre. No pudo hacerse una idea de la cantidad en el instante que vio el fajo de billetes antes de cerrarlo. Le pareció que no hubiera quedado bien. En cualquier caso, había más dinero del que nunca había visto junto.

—Y recuerda que te hemos escogido porque te sabes comportar, así que no actúes como si estuvieras en una película de Torrente. Tú no eres uno de esos garrulos.

Arcadi se dirigió a la puerta, pero Joan le llamó antes de que la cruzara.

—Tengo una pregunta.

Se volvió.

—¿Sí?

—¿Si me hubiera negado...?

Arcadi negó con la cabeza.

—No hay término medio, Joan. O estás con nosotros o estás contra nosotros. O eres catalán o eres español. De hecho, si nos fallas una sola vez, para nosotros serías ya tan español como la misma presidenta Vázquez. Y recuerda que lo sabemos todo de ti. No tienes familia, pero sí tus amigos, tu novia, la rubia valiente que te acompaña a tirar piedritas, tu futuro... El que sea que tuvieras antes de conocerme.

Cruzó la puerta.

Sonrió. Le había tocado la lotería.

«¿Tal vez después de todo, sí que le tirara los tejos a la enfermera!».

2. SAMUEL

Fraga, 1 de junio del 2019

Algunas personas son amables, sólo porque no se atreven a ser de otra forma.
William Faulkner

Cuando la violencia entra en casa con tal brusquedad, se rompe algo más que un cristal. En concreto, aquella tarde de sábado en que la familia Morales descansaba en el salón viendo un insulso programa de televisión que Samuel odiaba pero consentía ante la mayoría femenina, la piedra del tamaño de una pelota de tenis hizo añicos la cristalera que daba a la galería, llenando todo de cristales, que llegaron a cortar la mejilla de una de las niñas, y gracias a Dios que la disposición del mobiliario del cuarto, con el sofá pegado a la pared frente a la televisión, hizo que nadie recibiese el impacto y el proyectil se alojase en una vieja alacena, rompiendo la vajilla que nunca se usaba.

El matrimonio y las dos hijas quedaron paralizados de terror, agarrados a sus asientos como si viajasen en un avión sacudido por turbulencias. María, la pequeña comenzó a llorar entre jadeos y su madre la abrazó para mitigar la tremenda ansiedad.

Samuel salió al balcón tras ignorar el ruego de su mujer de que no se mostrase, pues podrían lanzarle otra piedra. Su cara estaba desencajada entre la rabia y el valor que uno no tiene. Mientras abría —podría haber pasado por el hueco que dejó el destrozo— la puerta de la galería, miró a Juana.

—Tranquila, que los cobardes se esconden como ratas. Ya verás como no hay nadie.

Y en efecto, ahí estaban. Y no eran críos, como había supuesto, sino un grupo de hombres y algunas mujeres. . .

«¡Que deberían tener algo más de sentido común!».

—¿Qué coño queréis?

Aún deseaba contemplar la posibilidad de que fuese un accidente.

—¡Vete fuera de Cataluña! —le gritaron.

«¿Cómo?».

—¡Pero qué Cataluña ni qué niño muerto! ¿Qué mierda de geografía te han enseñado a ti? ¡Esto es Aragón!

—¡Ya no! Y no queremos a gentuza como tú.

«¡Pero bueno!».

—¡Espera que bajo y me lo dices a la cara!

Salió corriendo. Su mujer intentó detenerle ante la puerta de casa.

—¡Samuel! No la lées más, por favor.

Pero estaba fuera de sí.

—¡Hombre! ¿Te parecerá bonito que nos quieran echar de casa?

Y salió corriendo por las escaleras. No rezó, pero deseó con todas sus fuerzas que se acobardasen y huyesen.

Pero al bajar el último tramo de escaleras pudo ver que ahí estaban.

«¡Los cobardes se sienten bien cuando están en grupo!».

Se situó frente al más gallito. Le conocía. Sabía que estaba en el paro, como muchos de ellos.

—Mira, listillo. Puede que te caiga mal, pero nadie me va a acusar de ser mal ciudadano. Yo soy español y aragonés. Tú puedes ser lo que te salga de los huevos, pero deberías respetar que yo pago parte de vuestros subsidios currando diez horas al día.

—Con un trabajo que podría ser nuestro —dijo una voz oculta.

«¡Vaya, qué valiente!».

—No veo al listo. A ver. Mi trabajo es mío. Soy autónomo y tengo mi negocio, que me ha costado mucho levantar. No le quito el pan a nadie y tengo contratadas a dos personas que podrían ser familiares vuestros, así que hago por el pueblo más que tú, y si me obligáis a irme, habréis jodido a dos familias. —Los miró a todos—. No tenéis argumentos razonables contra mí. Si queréis ser catalanes, me parece bien, pero dejad en paz a los demás.

El gallito volvió a adelantarse.

—De eso nada. O eres catalán o eres anticatalán.

«¡Lo que me faltaba!».

—¿Pero a vosotros qué coño de mosca os ha picado? ¡Mira! Ya estoy harto. Meteos en vuestras cosas y dejad a la gente en paz o llamo a la policía.

—¡Nosotros somos la policía ciudadana de Cataluña!

No pudo contenerse.

—¡Vosotros no sois una mierda!

Ni vio venir el puñetazo. Se encontró tumbado en el suelo de tierra. Cuando se levantó, masajeando el ojo que le palpitaba y le dolía horrores, aunque al menos no parecía haber sangre, ya se habían ido.

Buscó con la mirada y vio pasar un matrimonio de abuelos.

—¿Han visto lo que ha pasado? —les gritó.

Resultó muy inquietante ver como la señora agarró con fuerza a su marido del brazo y este tan sólo se acomodó la chaqueta.

«Tal vez para caminar con más brío y alejarse del problema. Míralos, los dos erguidos ridículamente como gansos».

—¡Gracias! —no pudo contenerse.

Cuando entró de nuevo, las mujeres de la casa ya habían recuperado parte del aplomo y estaban recogiendo cristales.

Las admiró en silencio. Incluso la pequeña María había dejado de llorar. No tenía un gran carácter como su hermana, a pesar de haber cumplido ya los trece. La habían llevado a su cuarto para que se entretuviese en internet chateando con sus amigas. Ella había querido ayudar, pero no se lo permitieron por miedo a que se cortase. Lina, la mayor, y su mujer, Juana, ya esgrimían escobas, bolsas de basura y recogedores.

Dio gracias a Dios porque nada demasiado grave hubiera ocurrido y por tener una familia tan increíble; su mujer era una belleza morena que esquivaba los años con tanta facilidad como le caían a él. Sus hijas eran tan guapas que comenzaba a sentir celos por cada una de las dos, a pesar de que no eran de las que se descocaban pronto. Si heredaban su gusto por el trabajo y la hermosura de su madre, rozarían la perfección.

«¡Y aún son más las tres!».

Sacudió la cabeza. No era momento de divagar. Se dispuso a ayudarlas.

Curiosamente, le habían dejado la piedra intacta en la alacena. Se acercó y vio que la envolvía un papel, como una chocolatina con premio.

Sopesó la piedra en la mano, calibrando el daño que podría haberle hecho si se hubiera levantado uno de ellos a por una revista, un café o simplemente a por el mando de la tele. Decidió que tal vez contenía huellas y la guardó en una bolsa de plástico de un supermercado.

Sacó el papel y lo abrió para ver el mensaje: «FORA DE CATALUNYA. CAT».

Sus manos se crisparon. Pero se obligó a no arrugar más aquel papel. Lo guardó en la misma bolsa. Tomó su abrigo y abrazó a sus chicas:

—Voy a denunciar a comisaría y a encargar un cristal nuevo, que no quiero que se llene esto de mosquitos. A ver si podéis poner un plástico o algo, pegado con cinta aislante. No os preocupéis, que no volverán. —Amagó con tocarse el ojo, pero se contuvo, para no alarmarlas, preguntándose si Juana habría visto todo desde alguna ventana.

«Tengo que ponerme hielo».

Y salió.

El espejo del ascensor le devolvió su cara redonda y morena. Pensó qué verían en él los hijos de puta que le habían atacado. Suponía que a un peruano, un «payoponi», como los llamaban, todos les parecerían iguales. Y eso que no era como aquellos que aún se veían en mercadillos y en algunos grupos de música étnica. Ciertamente era que conservaba algunos rasgos y la piel morena, pero era hijo de españoles y mucho más alto que sus hermanos de raza. De hecho, era alto incluso para la media española, delgado y bien plantado, y aunque sus facciones eran de «sudaca», extrañamente, resultaba atractivo para las mujeres.

Sólo que no era peruano. Era español de tercera generación. Su abuelo había sido uno de los primeros que se habían aventurado a emigrar y, a fuerza de trabajo duro, había conseguido la nacionalidad, se había casado con una española y sacado adelante a su familia trabajando jornadas interminables durante siete días a la semana, pagando sus impuestos y acatando las leyes y costumbres de su nuevo país.

Su padre había abierto una tienda de ingredientes y *delicatessen* sudamericanos, y el auge de la cocina internacional, junto con el hecho de que en aquel pequeño pueblo todos le conocían y tenían aprecio, hizo que les fuera bien.

Él, el nieto, había pagado ya su casa y, aunque la tienda ya no iba tan bien como antes por causa de la crisis, se mantuvo cuando muchas otras cayeron, y les

daba para vivir sin grandes lujos pero sin apreturas y dándose alguna satisfacción, como viajar de vacaciones a países lejanos una vez al año.

Caminó con zancadas largas y apresuradas, intentando reconocer en el pueblo lo que le había enamorado desde crío. Un lugar tranquilo, donde uno podía vivir en paz. Sólo que había perdido de vista aquella imagen. Ahora sólo había gente que se tapaba los ojos, los oídos y la boca, como los tres monos de las imágenes orientales. Estaba sudoroso y los ojos se le irritaron.

Entró en la comisaría sofocado, buscando una máquina dispensadora de agua que no había. Un policía mal encarado con un bigote que no se llevaba desde los tiempos en que España ganaba Eurovisión, tan denso y poblado como un cepillo de ropa, torció el gesto al verle.

«Mal empezamos».

—Vengo a denunciar una agresión. Me han tirado esta piedra con este mensaje, y cuando he bajado, me han golpeado. —Señaló su ojo—. Tengo que ir al hospital a dar parte.

El policía echó mano a la bolsa, que abrió sin pensar en las huellas. Ni se inmutó. Samuel no sabía si era porque estaba acostumbrado a recibir pequeños dramas o simplemente porque no le importaba lo más mínimo. Sospechaba que era esto último. Se dirigió a él sin mirarle.

—En català, sisplau.

Samuel suspiró. Su primera reacción fue contestar mal, pero comprendió que no conseguiría nada con una actitud desafiante.

«¡Estamos en Aragón, hijo de puta!».

Respiró hondo y repitió la frase en catalán. Recibió la respuesta casi antes de terminar su frase, señal de que el muy cabrón le había entendido perfectamente.

«¿Cómo no le iba a entender?».

—¿Ha visto al que le ha tirado la piedra?

—No.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué quiere que le haga yo entonces?

—Tengo la piedra y el papel. Tendrán huellas, la letra... Algo podrán hacer, aunque sólo sea tomar nota para que no se repita. Y conozco al que me ha golpeado. Podría reconocerle en una rueda de reconocimiento.

—¿Tú sabes dónde estamos? Ves muchas películas.

No pudo contenerse más.

—¿Y si la piedra me hubiera dado en la cabeza? ¿Y si me hubiera matado? ¿O a mi hija? ¿Le importaría lo mismo entonces? ¿Y qué pasa con la agresión? —Le mostró de nuevo el ojo, que cada minuto le dolía más y se estaba empezando a hinchar.

—Es una chiquillada de algún grupo de niños.

—Ah. Claro. Y ahora me va a decir que si le hubiera ocurrido a usted, se lo hubiera tomado igual.

El agente se levantó.

—No te pongas chulo, que tengo mal día.

—El que ha tenido mal día he sido yo. Y usted está ahí para solucionarlo. No querrá que le arregle yo lo suyo...

—¡Ya me estás cabreando!

Samuel volvió a suspirar. La tensión que le dominaba amenazaba con explotar, y aquel desgraciado, encima, le amenazaba.

Respiró hondo, obligándose a calmarse.

—¿No va a tomarme declaración? ¿Tengo que irme sin más?

El policía se encogió de hombros. Sintió deseos de agarrarle aquel bigote y tirar de él como si fuera una tira de depilación, pero sus manos crispadas se agarraban mutuamente para no hacer una tontería.

—Recibirá usted una denuncia por negligencia, señor mío. Adiós.

Salió rápidamente al calor del exterior, donde hiperventiló hasta que sus nervios se calmaron un poco. Notó la quemazón del ojo.

La noche llenó el ambiente de humedad y de mosquitos. Sólo le faltaba que le picaran en el moratón.

Se dirigió a la cristalería para encargarse del cristal.

«¿Qué coño le pasa a la gente por la cabeza?».

Estaban en Aragón. Por mucho que Cataluña quisiera esas tierras, hacía falta algo más que demagogia y campañas cutres de propaganda para intentar convencer a la gente de que estarían mejor en Cataluña, que serían ciudadanos de primera.

Pero los revoltosos hasta ahora se habían limitado a mítines, pancartas, y en general a joder y boicotear actos de los demás grupos políticos, tras crear un partido que crecía día a día, alimentado con las patrañas.

«¿Ciudadanos de primera? ¡Igual que los que viven en la Barceloneta vamos a ser. No te jode!».

Pero ya no era sólo un incordio. Supo que aquello era algo más que una broma.

Era un punto de inflexión.

Había esperado algo así, pero no tan pronto.

Había vivido episodios de odio hacia los inmigrantes, pero en el pueblo, todo el mundo asumía que él ya no lo era, y sí un español a todos los efectos. Se había avanzado mucho en el tema del racismo, aunque la comunidad sudamericana era la que menos lo había sufrido, pero aquello ya no tenía nada que ver con fobias.

«¡Por Dios santo, si su pedazo de mujer era española!».

El pueblo se encontraba en una zona caliente. La llamada Franja, en la frontera entre Aragón y Cataluña, ya hacía muchos años que era tierra de disputas.

Todo había comenzado con el tema del hospital. Los fragatinos preferían ser asistidos en el hospital de Lérida, más cercano, que en Huesca o Zaragoza, porque la situación les obligaba a hacer muchos kilómetros de coche. Pero el Gobierno catalán había remitido astronómicas facturas al aragonés, hinchando en precio y pacientes la minuta, e incluso se había negado, en algunos casos, a atender a pacientes de la zona.

Fraga se consideraba, en general, aragonesa, pero a raíz del tema de la asistencia sanitaria, muchos comenzaron a dejarse llevar por las consignas catalanas y a pensar si no les convenía más ser catalanes que aragoneses, por impuestos, por infraestructuras, pues era muy triste ver la diferencia de carreteras entre las dos comunidades; incluso la autopista estatal y de pago, mejoraba ostensiblemente cuando aparecía el cartel de «Provincia de Lleida», que, por cierto, se había adelantado unos diez kilómetros, casualmente, por supuesto.

También había habido polémica por obras de arte expoliadas a iglesias aragonesas, que se exhibían en museos aragoneses. La ley había dado la razón a Aragón, e incluso el clero, pero los políticos se negaban a entregarlos, aduciendo que se trataba de su cultura.

Nadie diría que se encontraban en Aragón. Incluso los extranjeros que pasaban por el pueblo, preguntaban:

—¿Qué pasa? ¿Qué están en fiestas o qué?

Porque las banderas colgaban de la mayoría de los balcones y comercios, identificando la postura inequívoca independentista, dado que nadie en su sano juicio se atrevía a colgar una bandera española, ni aunque España ganara el tercer mundial.

A él, hasta ahora le habían parecido tonterías. Una anécdota curiosa que serviría para crear chascarrillos en los cafés de las reuniones de los consistorios aragoneses. Pero de repente ya no le hacía ni puñetera gracia.

Tampoco era como para liarla y colgar la –verdadera– bandera aragonesa, pues seguro que ya habría sufrido un «ataque preventivo», pero era evidente que no iban a «animar su catalanismo» con acciones como aquella.

«¿Si ya de por sí no los podía ni ver...!».

Se preguntó en qué momento se había radicalizado todo, aunque tras los sucesivos referéndums, la atención del pueblo hacía años que ya se había desviado hacia la comunidad vecina.

Se creó un partido catalanista en el pueblo y sus adeptos se fueron mostrando más vehementes... , hasta incitar a la violencia.

El pueblo estaba dividido, pero los más notorios eran los partidarios de la anexión a Cataluña, que se manifestaron cuando la ley exclusivista de lenguas no prosperó.

Y ahora en definitiva, comenzaban a pagar su frustración con violencia.

¿Y a quién más fácil de golpear que a alguien a quien nadie echaría de menos? ¿Alguien a quien nadie ayudaría?

Se sintió deprimido.

Y todo iría a peor.

El clima político se había enrarecido con el segundo mandato conservador, por las presiones socialistas y de la izquierda, que seguían criticando la política de austeridad del Gobierno, mientras prometían subidas alucinantes de pensiones, pagas, ayudas a funcionarios, minorías e inmigrantes. Samuel no apoyaba, sin embargo, a los socialistas, por mucho que había sido la clase media la que había soportado la crisis. Lo tomaba como un sacrificio por el bien general, y pensaba que los socialistas lo único que sabían hacer era dar ayudas sin medida, con fin populista, mediático y político, a cambio de votos. En definitiva, gastar un dinero del erario que pronto agotarían, devolviendo al país a la crisis galopante que ya causaron.

Y las cuestiones nacionalistas habían emergido tras la crisis con más fuerza que nunca. Tanto vascos como catalanes negociaron con el Gobierno conservador, y los vascos llegaron a un jugoso acuerdo de bonanza económica a cambio de un estatus federal con plena autonomía, pero perteneciendo aún a España.

Pero los catalanes querían más. No habían salido de la crisis como los vascos y su población, que aumentaba día a día con la inmigración, se llenaba de parados y de bocas nuevas que alimentar, necesidad inversamente proporcional a la calidad

de sus políticos, que eran increíblemente incapaces de remitir la crisis, el paro y la inseguridad. Y recurrían a algo que les daba votos: la independencia como una huida hacia delante. Cada día con más fuerza y cada día generando más presión popular a través de la propaganda mediática, para tapar las necesidades día a día más acuciantes.

Se repetían eslóganes que ya nadie se creía después del sí del Gobierno español al estado federal:

«España nos exprime», «Pagamos las facturas de comunidades pobres», «Somos el granero de España».

Y cuando las elecciones generales se acercaban, el rumor creciente era que, dada la igualdad, los socialistas iban a pactar con los catalanes para gobernar a cambio de la independencia. No tenían otra, ya que el Gobierno conservador había revertido las críticas de su primer mandato y se presentaba como el triunfador tras la crisis.

Tras encargar el cristal, llegó a casa.

Pasaron la tarde conversando con las niñas y haciendo planes de un nuevo viaje, para que olvidaran el mal trago, y las acostaron pronto. La pareja cenó entonces. Acordaron darse un pequeño homenaje para compensar aquel día aciago.

Al terminar la cena, Juana le sirvió una copa de licor.

—¿Crees que se repetirá?

—No lo creo. Espero que sea un hecho aislado. Hasta ahora este pueblo ha sido como un oasis entre las arenas del jaleo entre los dos Gobiernos. Aquí apenas llegan las noticias, ni falta que nos hacía. Los atentados de ambas partes quedaban tan lejos porque este pequeño oasis no le interesaba a nadie, pero el hecho de que todo comience a revolucionarse de esta manera aquí mismo, significa que en el resto del país la cosa tiene que estar peor que mal.

—Tal vez deberíamos poner una *senyera* en la ventana o algo así.

Samuel dio un pequeño respingo.

—¿No crees que eso sería doblegarnos? No hemos hecho nada malo. Y recuerda que esa es la bandera de Aragón. Jamás pondré la bandera independentista. Yo no creo en eso. ¡Joder! Somos españoles y quiero seguir siéndolo. Si ya me jode que se separen, pero que hagan lo que les dé la gana y nos dejen en paz a los aragoneses.

—Claro que no hemos hecho nada malo, pero si la cosa se recrudece, pensarán que si no estamos con ellos, estaremos contra ellos. En el ayuntamiento se habla de eso cada día.

—Muy puesta te veo.

Juana se rascó el pelo, incómoda; gesto que no pasó inadvertido a su marido.

—Es que no puedo evitar ver lo que pasa.

Samuel se acomodó en el sillón. Quería ver hasta dónde quería llegar su esposa.

«¿El enemigo en casa? ¡No me jodas!».

—¿Y qué pasa?

—Pues que se rumorea que Cataluña va a anexionar la Franja entre otras tierras.

—No se atreverán. Somos españoles y aragoneses. Eso sería una agresión y podría causar una guerra civil.

—Sí, pero tal vez nos convenga dejarnos llevar por la corriente. Ya sabes: «Donde fueres, haz lo que vieres».

Samuel sonrió.

—Mal lo tienes si me pones de ejemplo el Quijote. Un caballero andante que lucha contra las injusticias. Él se rebelaría contra todo esto.

—Sí, y romperían su ventana.

«¡Touché!».

—Pero es que yo no me he posicionado a favor de España, aunque lo piense. Siempre he sido muy cauto y lo sabes.

—Sí, pero tu cautela puede ser malinterpretada. Quizás sea mejor...

Samuel no estaba para acertijos.

—Cariño. Por favor. Deja de hablar de quizás y dime lo que piensas claramente, que me vas a volver loco.

—Hay un partido procatalán. Si nos afiliamos...

—No.

—¿Por qué?

—A ver. ¿Tú te sientes catalana? —Abrió los brazos imitando una aburrida sardana. Ella rio.

—No especialmente. Pero prometen muchas ventajas a los que adopten la nacionalidad catalana. Mira lo que pasa en Andorra. Lo difícil que es ser andorrano y lo bien que les va.

—Sí, pero es que Andorra es un país hecho, con una historia propia aunque corta, con un sistema bancario caduco, un paraíso fiscal con una fecha de extinción muy corta ya, y su principal fuente de ingresos se les va a caer. Eso se va a acabar, y el país ya está maduro en lo que al turismo se refiere, con lo que van a pegar un bajón espectacular.

—No si se lo anexiona Cataluña e integra el sistema bancario al país.

Samuel abrió los brazos.

—¿Pero qué país? Hablas como un político. No me lo puedo creer. —Se acercó a ella—. Tú te crees todo esto, ¿no?

Ella se removió incómoda en el sofá.

—No puedo evitar creerlo. Está ahí. —Tomó las manos de su marido—. A ver. Yo no me siento ni me dejo de sentir. No va de eso. Es simplemente que si nos aprovechamos, podemos vivir mucho mejor y si no nos aprovechamos continuarán rompiendo cristales y Dios sabe qué más. —Movi6 las manos arriba y abajo simulando una balanza—. ¿Qué prefieres?

Samuel respiró hondo. No quería que pareciera que no reflexionaba su propuesta.

—Comprendo lo que piensas. Pero también debes poner en la balanza que mi familia lleva tres generaciones luchando por su autenticidad. Cuando mi abuelo vino aquí, fue España la que lo acogió, con lo bueno y con lo malo. Si de repente nos hacemos catalanes y olvidamos eso, es como si emigráramos de nuevo. Tal vez no puedas entenderlo pero para mí es muy importante. Porque ahora sé quién soy y amo a mi país por lo que me ha dado. Pero mañana... ¿Quiénes seremos? ¿Y si deciden hacer una purga? De repente te sientes muy catalana, pero recuerda la crisis vasca. Había y hay una especie de competición: a ver quién es más vasco; a ver quién tiene los genes más puros... Y todo eso degenera en un sistema clasista, que seguro que se repite en tu Cataluña. Y dime, ¿en qué posición vas a quedar

tú? ¿Qué seremos a sus ojos? Un peruano y su mujer que vivían en un territorio anexionado, de segunda. Lo peor. En una escala social del uno al diez, sinceramente... ¿dónde estaríamos? —Entonces fue él el que tomó las manos de Juana entre las suyas—. Cariño, sé lo que parece, pero aunque no te guste, eres la mujer de un emigrante. Hasta ahora no has tenido conciencia de esto porque vivíamos en un país en el que teníamos un sitio, pero si cambiamos, tristemente vas a empezar a ser muy consciente de esto, y no creas que no lo siento. Creía que todo eso había quedado atrás.

Juana pensó con calma y al fin le besó.

—Lo comprendo. No te preocupes. Seguiremos como hasta ahora.

Se levantó, tomó las copas y fue hacia la cocina.

Samuel suspiró. Sentía su enfado silencioso como el olor de un guiso que se quema. Esto no iba a quedar así. Había ganado la discusión apelando al factor sentimental y a su carácter de inmigrante, con un argumento que su mujer por obligación conyugal no podía rebatir, pero no se lo había tragado ni de coña, y su irritación era más que palpable.

«¿Y de dónde sabe tanto Juana? ¿Ha dicho del ayuntamiento? ¿Y qué hace allí, si soy yo el que hace todas las gestiones? Que yo sepa, no lo ha pisado en su vida».

Pensó detenidamente mientras apretaba el vaso con hielo a su ojo maltrecho.

«¿Estará haciendo campaña por su cuenta? ¿Habrá iniciado sus propios trámites para la nacionalidad catalana, como ha dicho?».

Se dio cuenta de que entraba en terreno peligroso.

«¿No será que, aunque sea involuntariamente, ha mencionado mis preferencias políticas, y eso es lo que ha atraído a esa gentuza? ¿En el ayuntamiento? ¡Vamos hombre!».

Pero sacudió la cabeza, quitándose de encima pensamientos tan funestos.

«Estoy hablando de mi mujer. Juana me quiere y no haría eso. Es el dolor del ojo y la mala virgen, lo que me hacen pensar así. Mañana lo veré todo de otro modo».

Salió al balcón. Habían hecho un gran trabajo con el cristal.

«¿Estaría bueno que tuviera que poner un antibalas!».

Con la discusión se había acalorado un poco y ni con el frescor de la noche parecía sentirse mejor. Aquel año el calor se había adelantado y las noches comenzaban a cambiar, oscilando peligrosamente en temperatura, como el carácter de las gentes de aquel pueblo.

Reflexionó.

«Tal vez es que no he prestado atención al mundo exterior. He vivido en una burbuja».

Se encogió de hombros. De todos modos, no podía dormir. Se sentó ante el televisor y conectó un canal de noticias.

A medida que se sucedían, comenzó a sudar:

—Cataluña se niega a pagar los préstamos recibidos de Madrid.

—Atentado terrorista en Valladolid. Tres muertos y cuatro heridos por una bomba de fabricación casera en un centro comercial, cerca de un establecimiento que había aparecido en la lista negra por negarse a comprar género catalán.

—El ministro de interior dice textualmente: «Hay que cortar el grifo al dinero español en la comunidad catalana».

—Se archiva el caso de corrupción inmobiliaria por parte de la empresa catalana que dejó a medias la reforma del estadio Santiago Bernabéu en Madrid el pasado año.

—Los manifestantes se radicalizan.

Vio imágenes de quema de banderas catalanas y españolas, respectivamente.
«¡Dios mío!».

Estuvo tentado de apagar la televisión, pero decidió que sería su castigo y penitencia por haber vivido a espaldas de la realidad.

«Tal vez si hubieras conocido todo esto, hubieras podido prever lo que ha pasado hoy, como parece que Juana hizo».

—Se llevan al Congreso los gastos superfluos del dinero del Estado en estudios ordenados por la izquierda radical catalana con fondos públicos.

—El Gobierno ordena cerrar las páginas en las que se hace apología del boicot, tanto a productos catalanes, como a los españoles, por vulnerar la política de libre comercio, pero al día siguiente vuelven a aparecer en portales diferentes.

—Conferencia del profesor de historia Pere Amador. Altercados de grupos fanáticos catalanes apostados a las puertas de la universidad. El profesor sale escoltado por la policía.

—El líder del *Govern català* comparece ante el congreso de los diputados, negando tajantemente haber comprado armas en el mercado negro, aunque sí reconoce contar con su «servicio de inteligencia» para proteger los intereses del pueblo catalán contra la opresión soberanista.

—Manifestaciones en las principales ciudades catalanas contra los recientes actos vandálicos contra Gobiernos autóctonos.

—Presiones de los grupos políticos radicales, partidarios de la separación inmediata, que reclaman el supuesto pacto oculto del *Govern* con la oposición socialista en España, favorita en las próximas elecciones de octubre.

—Declaración del jefe de Gobierno de Andorra: «No queremos ser catalanes. Que nos dejen en paz».

Se frotó la cara y el ojo.

«¡Joder! Avanzamos hacia la violencia más salvaje. Si alguien no pone fin a la escalada, la sucesión de venganzas nos destruirá».

Salió de nuevo al balcón a respirar. Lo necesitaba. De pronto, se sentía sofocado.

«¡Ahora sí que no iba a dormir!».

3. JERO

Huelva, 5 de septiembre

Donde hay soberbia, allí habrá ignorancia, mas donde hay humildad, habrá sabiduría.
Salomón

Terminó la videoconferencia, e incluso cuando la pantalla le devolvió su cara de facciones suaves, aunque seca y arrugada; su piel descuidada y morena bajo su pelo rubio y su tristeza perenne, dijo en voz alta:

—¡Cuánto os echo de menos!

Era la frase más repetida de Jero en sus conversaciones telefónicas con su familia. Sus tíos, emigrados a Barcelona hacía ya unos años. Añoraba aquellos veranos de crío con sus primos en las playas del Algarve; los tiempos felices antes de que sus padres murieran en un accidente de tráfico causado por un crío —un ~~nen-~~ pasado de alcohol y drogas en un coche tuneado con más volumen de altavoces que de motor. Su familia se había volcado en él, protegiéndole como a un hijo, e incluso le ofrecieron mudarse con ellos a Barcelona, donde a su tío le habían ofrecido un trabajo como conserje y encargado de mantenimiento de una comunidad de vecinos.

Pero él había conocido a una chica y tenía su trabajo de militar. Siempre se había sentido atraído por su prima Rocío, pero la culpabilidad de pensar en liarse con su propia familia y la necesidad de una cierta distancia con la niñez, le hicieron desechar la oferta. Les echaría mucho de menos, pero no vivía mal como estaba, y su trabajo, aunque peligroso, con la crisis suponía un dinero fijo, así que, con auténtico dolor de corazón les dijo a sus tíos y primos que su hogar estaba allí, pero que no dejaría de quererles, fueran donde fuesen, y se comprometió a visitarlos con frecuencia.

Lamentablemente no los visitó y la chica con la que salía se fue con un dj con pelos de cenicero como el que mató a sus padres.

Así que les llamaba dos o tres veces por semana para mantenerse vinculado al único nexo que tenía con la normalidad, pues sólo eso le impedía comprar un arma y dedicarse a matar *nens*.

Después de colgar siempre le invadía una gran tristeza. Un enorme remordimiento.

«Tenía que haberme ido con ellos».

Había rechazado a su prima, que le ofreció su amor, por considerarlo un poco incestuoso, y ahora la recordaba dolorosamente, amén de las fotos que le enviaban por mail o la visión de sus ojos sonrientes y su pelo negro cuando hablaban por videoconferencia.

«¡Dios! ¡Qué guapa era!».

Y ahora él se encontraba en un pueblo de provincias sin posibilidades de conocer a nadie que no fuera el estereotipo de niña con pocas luces.

Lo único que le quedaba era el trabajo, al que se aplicaba tan intensamente que la gran frustración de sus superiores fue su falta de ambición. Y por supuesto, el gimnasio, en el que volcaba su frustración. Se machacaba en cuantas actividades encontraba después del trabajo para llegar a casa sin vida y esconder la tristeza hasta el día siguiente. Sabía que era un círculo cerrado: no conocía a nadie interesante porque se cerraba en su propio ambiente asfixiante, y porque en el fondo sabía que no quería encontrar a nadie que no fuese Rocío.

De vez en cuando salía con algún amigo, pero todos parecían haber cambiado. Eran superficiales y materialistas; si no presumían de un coche o un móvil de última generación, lo hacían de la chica que se habían llevado a la cama. Apenas podía hablar de nada con ellos y lo único que hacía era emborracharse hasta anular su conciencia. Entonces se desinhibía lo suficiente para abordar a alguna de las chicas que tanto odiaba y llevársela a la cama. Se despertaba al día siguiente entre dolor de cabeza y mareos, olores a sudor y fluidos amorosos, con una mata de pelo al lado que no conocía, que generalmente se levantaba con un gruñido hasta el cuarto de baño, que dejaba invariablemente como si hubiera de Atila, y que se llevaba sin despedirse su dignidad, cuando no algo más.

Un cierto orgullo empecinado le impedía recoger sus escasas pertenencias, coger un avión o un tren y plantarse en Barcelona. Por un lado no quería volver con el rabo entre las piernas. Siempre se había sentido un poco abrumado por la diferencia entre él y ellos. Y no es que su familia gozara de una buena posición económica; se trataba de la dependencia emocional, la deuda contraída con ellos. De algún modo pensaba que no podía volver a ser una rémora. Al menos debía aportar algo en el sentido económico. Y su trabajo estaba allí.

Aunque eso ya no era excusa, pues había llegado a ser tan bueno en su trabajo que escalaba posiciones sin pretenderlo y le enviaban a misiones cada vez más solitarias y complicadas en países que ni sabía ubicar en un mapa. Empezó por operaciones de campo y mucho aprendizaje sobre análisis de situaciones extremas. Continuó con investigaciones pequeñas y terminó asumiendo el mando de operaciones especiales y misiones sobre terrorismo. Ganaba suficiente dinero como para comprarse una buena casa y vivir a un ritmo que no tenía nada que ver con él. Y en pocos años tendría derecho a una pensión más que generosa, si no le mataban antes, pues si era tan bueno en su trabajo, era porque no le importaba morir.

La verdadera razón era que, simplemente, tenía miedo de que su prima le rechazase ahora.

Pensar en eso le hacía reír o llorar.

«¡Fíjate qué hombre, que es capaz de internarse solo en territorio enemigo hostil y tiene miedo de una mujer!».

Pero les llamaba un día sí y otro no, y a veces no podía reprimir sus lágrimas en las videoconferencias, donde le contaban los progresos de sus primos en la escuela y la universidad, y lo bien que estaban allí, en una comunidad donde les apreciaban mucho por el trabajo honesto del cabeza de familia.

No les contaba nada de su trabajo. Sólo sabían que era militar, pero tal podía ser un oficinista. Suponía que sospecharían algo así, pues era normal que le tuvieran por un cobarde, aunque era cualquier cosa menos eso. De hecho, su indiferencia por la muerte era lo que le hacía temerario y frío como una máquina donde los demás sucumbían ante sus propios miedos.

Tenía fotos de todos ellos en las paredes y las miraba fijamente, preguntándose si eran el único vínculo con la razón que le quedaba, o acaso por el contrario ellos eran su locura.

Pero era domingo y no quería deprimirse. Tenía un día completo de fiesta, lo que era raro, pues siempre le llamaban para lo que él llamaba «alguna chapuza».

¿Qué haría?

Pensó en las opciones que tenía. Podía coger su destartalado coche de segunda mano y dar una vuelta por el campo, o ir a la playa y tumbarse a leer un libro, o...

No quiso engañarse más.

Sabía que no iba a hacer ninguna de esas cosas.

Se puso una sudadera tan gastada que parecía hecha de una alfombra vieja, unos pantalones cortos y sus zapatillas de running cuyas múltiples suelas amenazaban con despegarse, hasta el punto de que parecían un bocata de lonchas de mortadela, y salió a correr bajo un sol primaveral, sin pensar en la paradoja de que al día siguiente volvería a hacer lo mismo por trabajo.

Apenas ni prestó atención a la radiante mañana, que repartía esperanza y sonrisas a todo el mundo excepto a él.

Hizo el recorrido estándar sin originalidad ni variación alguna, en el tiempo establecido, hasta que la ropa se le pegó al cuerpo. Estiró en un parque cercano a casa. Los niños le miraban como a un bicho raro. No se parecía al resto de los deportistas que encontraban placer en lo que hacían a pesar de sus jadeos. Este era como un robot triste.

Corría ignorando el tremendo calor del verano que se negaba a marcharse y el sol, que picaba con furia, como vendiendo cara su derrota antes de rendirse ante el otoño que tan sólo mitigaría un poco el calor inhumano. Tal le daba correr en Irak que allí.

No sabía muy bien por qué lo hacía. Tal vez el correr le liberaba de cualquier otra preocupación, o de pensar en su propia y original forma de cobardía.

Era un auténtico fenómeno. Habían intentado durante años que corriera para equipos de atletismo, pero no tenía ambición; sólo corría por placer; como, del mismo modo, le habían intentado reclutar agencias de espionaje europeas, americanas y asiáticas sin éxito, porque trabajaba sin pensar, como el que monta salpicaderos en una cadena.

Estudiar le aburría y sólo se aplicaba cuando le aportaba un conocimiento realmente importante; algo que le valiera de verdad.

Por eso se había hecho militar.

No esperaba tener que entrar en acción, y sin embargo lo había hecho, y no sólo en operaciones muy arriesgadas para la OTAN y el Gobierno español, y las investigaciones sobre terrorismo que le habían hecho famoso en su sector, sino que incluso había acudido varias veces a conflictos armados como observador europeo. No en vano, sus calificaciones eran de lo mejor de todo el país y sus superiores no se cansaban de repetirle que si fuera algo más ambicioso, su techo podría no tener fin. El servicio español de espionaje, el CESID, llamaba invariablemente a su puerta, e incluso había trabajado para ellos, aunque subcontratado por el Gobierno y bajo las órdenes de sus superiores.

Pero le gustaba su modo de vida y su superior le tenía en estima. No quería un jefe que le enviase a morir como se envía a un becario a por fotocopias. Al menos en eso, los militares eran honestos y sinceros.

«Si corres peligro, te lo dicen, y jamás dejan tirado a un compañero».

La primera vez que acudió a Afganistán pasó un miedo atroz, pero ese pánico se fue diluyendo y a partir de entonces, cuando entraba en acción, no pensaba. Era como un autómatas sin voluntad, salvo para cumplir lo que le ordenaban con la perfección de un robot, tras tantas horas de entrenamiento. Él se aplicaba en campo real exactamente igual que en una réplica, lo que asombraba a sus mandos.

Le ofrecieron muchas veces entrenar a los mismos cuerpos especializados en que había participado para distintas agencias europeas, pero a él lo único que le llenaba era cumplir con su trabajo para volver a su casa y poder hablar con su familia. No encontraba diferencia en su trabajo, el del de un fontanero o un electricista. Se aplicaba con meticulosidad y cuando terminaba su jornada, se relajaba y llamaba a su familia catalana. ¿Para qué quería él un cometido más raro que le apartara de su vida cotidiana?

Hizo sus abdominales y flexiones cotidianas hasta que le dolieron los brazos, los hombros y el abdomen, y cuando se sintió tan cansado que apenas podía llegar a casa, caminó parsimoniosamente con los hombros hundidos y la mirada baja.

Sabía que era un adicto a su vida anónima. Sabía que tenía que cambiar aquello de algún modo, pero no se atrevía.

Resultaba irónico. Podía comandar una misión con riesgo real de muerte y no tenía valor para tomar una decisión personal que le hiciese pedir un cambio de residencia en Barcelona.

¿Qué podía salir mal?

¿Por qué no lo hacía?

¿Acaso temía que su relación se estropease con el roce real?

No supo por qué, aquel día compró un periódico de camino a casa. Supuso que al ser domingo y no tener nada que hacer, necesitaba algo que le distrajera más que la edición digital, que se leía en un momento y en la que nada sonaba interesante, salvo los resultados deportivos.

Subió a su diminuto piso, abrió las ventanas y se desnudó, dejando que la corriente refrescara su cuerpo antes de ducharse, y se sentó en la taza del aseo con el periódico.

En la primera página, la crónica política. Los habituales casos de corrupción que se desvelaban pero que nadie juzgaba y siempre quedaban impunes, mientras todo el mundo se preguntaba dónde estaba el dinero.

Y en la tercera página, una sección exclusivamente dedicada a Cataluña.

Miró el periódico, extrañado.

«¡Qué raro!».

Miró el índice. No. No había error: secciones: editorial, política, España, Cataluña, Huelva, mundo, opinión, cultura, deportes, prensa rosa, «amenities y necrológicas», televisión y contraportada.

«¿Desde cuándo hay una sección del periódico dedicada a Cataluña?».

Aquello le sonaba muy raro.

Abrió la página. Había varias noticias: primero sobre los comentarios de los políticos a la enésima negativa de la presidenta Vázquez a considerar la independencia. Un político de la izquierda extremista la llamaba fascista y decía que se burlaba del pueblo catalán, al ignorar el sentimiento de millones de personas, y la amenazaba literalmente diciendo que si no obraba en consecuencia, el pueblo catalán le iba a dar razones para ello, pues hasta ahora, el *drac* había permanecido dormido, pero iba a despertar ante la felonía centralista, con toda la fuerza de la unanimidad de un pueblo oprimido desde tiempos inmemoriales.

«¿El *drac*? ¡Qué coño...!».

Odiaba aquel tono entre victimista y ofendido. Sólo buscaba arengar a su gente, creando un clima de odio hacia lo no catalán.

Sacudió la cabeza.

Las siguientes noticias hablaban de los bloqueos a los productos catalanes y cómo reconocerlos, ya que había empresarios que buscaban la manera de burlar las leyes a través de fusiones con empresas españolas para que los códigos de barras no los delataran como catalanes, pero existía un comité de investigación que siempre los identificaba y publicaba una lista semanal de productos y empresas catalanas para que la gente no consumiese sus mercancías. Resultaba curioso ver cómo los empresarios catalanes se lamentaban de la estrechez de miras de los españoles, cuando ellos se habían beneficiado en Cataluña de la misma política anteriormente. Ya hacía años que llevar un coche con una matrícula de una región española, con una pegatina o distintivo que le identificara como no catalán, era un riesgo estúpido e invariablemente llevaba a sufrir las iras de los radicales.

Y estos aumentaban. Otro artículo hablaba de la casi unanimidad del pueblo catalán a la independencia, y donde hacía años era un anhelo un poco utópico, una lucha con un cierto atractivo platónico que despertaba simpatías, ahora era un clamor popular y los ánimos se extremaban día a día, violencia alentada y alimentada en cada telediario por los políticos que le echaban fuego para avivarla en pequeñas dosis, pero el supuesto pacto con la futura presidencia socialista de dar la independencia a cambio del gobierno, no era un tronquito; era un tanque de gasolina.

Y al fin llegó al último artículo. El que más le llamó la atención. El titular rezaba: «Aumento de la violencia hacia las familias no catalanas e inmigrantes». Y citaba unas estadísticas de denuncias de acoso a inmigrantes y en los últimos tiempos a familias con cultura no catalana.

«¿Habrán sufrido esto? ¿O es sólo paranoia de prensa amarilla?».

Eso le preocupó. Su familia llevaba años en Barcelona. Se habían asentado y asimilado, pero estaban orgullosos de sus raíces andaluzas; guardaban sus trajes regionales, que lucían con orgullo en la celebración de la feria de Sevilla y del Rocío, con su propia hermandad rociera que incluso, los años que tenían dinero para hacerlo —y ya llevaban tres sin hacerlo—, viajaban a la aldea del Rocío para cumplir con la tradición o enviaban, al menos, a un miembro de la familia.

Se le ocurrieron dos cosas:

La primera era que debía hablar de ello con su familia y calibrar ese aumento de la violencia. Cataluña estaba fundada en gran parte por emigrantes andaluces que se habían integrado, los que antes se llamaban «charnegos», que, curiosamente, a la segunda generación, devenían los catalanes más fervientemente independentistas. No sabía bien, por tanto, cómo se desarrollaría la relación del colectivo independentista con esa cultura andaluza tan simpática y que resultaba la base de mucha de la suya.

«¡Por el amor de Dios! Si la rumba catalana había sido creada por emigrantes andaluces...».

La segunda le vino como un fogonazo. Fue tan potente que se sonrojó allí mismo y tuvo que controlarse para dejar de jadear de ansiedad.

Hablaría con ellos este año para que enviaran al camino a Rocío, su prima.

Tal vez podría volver a retomar aquella relación, si ella no le rechazaba con despecho. Haría cualquier cosa por recuperar su cariño. Incluso volver a vivir con ellos, si hacía falta. Reuniría su dinero y vendería su piso si era necesario. Si como decían, les iba tan bien en Cataluña, tal vez debería ser él el que se mudase allí, antes de que las cosas se pusiesen feas. No era un hombre gastador y tenía mucho dinero. Al fin y al cabo, sus costumbres no eran espartanas, sino lo siguiente. Gastaba lo mínimo para su manutención más somera y tan sólo porque comer resultaba imprescindible. Lo guardaba todo y después de años de ahorro, tenía una cantidad nada despreciable para su nivel. De hecho, podría retirarse y vivir el resto de su vida con mucha más alegría de la que solía hacerlo. Se preguntó por qué conservaba aquel viejo coche, cuando podría comprar cualquier modelo moderno y carísimo y atraerse a las chicas con él, o por qué no se compraba un chalet si podía hacerlo.

«Simplemente, no hay necesidad, y no quiero a la clase de gente que atrae el dinero».

Pero su familia sí lo haría.

Se metió a la ducha, contento por primera vez en días.

De entonces en adelante compraría el periódico todos los días.

4. JOAN

Colombia, 25 de junio

*La creencia en algún tipo de maldad sobrenatural no es necesaria.
Los hombres por sí solos ya son capaces de cualquier maldad.*
Joseph Conrad

Al notar la primera sacudida, la bilis ascendió por su esófago y sintió el miedo del que no controla su suerte. Pero no podía dejar que nadie lo viera. Él no era una persona corriente.

Era la primera vez que iba en avión... ¡Y en primera, nada menos! Por gentileza del *Govern català*, que como decía Arcadi, trataba bien a los suyos.

Cuando avisaron por megafonía que estaban en altitud de crucero, fuera lo que fuese eso, se pidió un *whisky* —si pedía un calimocho o una clara se le iban a descojonar— y se sintió más tranquilo, hasta que comenzó a sentir sueño, aunque se veía tan cómodo en su butacón con pantalla de televisión y películas a la carta, que se resistía a dormirse.

Despertó al sentir el golpe de las ruedas contra la pista de aterrizaje, y tan sólo notó la deceleración en su estómago.

Estaba en Bogotá. Cuando se lo dijo Arcadi, ni siquiera sabía situarlo en un mapa.

«¡Hay que joderse con los colombianos! ¡Si que da de sí la nieve!».

Miró a su alrededor. Un magnífico aeropuerto que no sólo no tenía que envidiar al del Prat, sino que le daba mil vueltas. Espectacular. Se decía que era uno de los países con más alto crecimiento, aprovechando sus recursos naturales, pero a él no se la pegaban. «Esa pasta salía de la droga como Dios pinta Perico».

Le esperaba un hombre achaparrado, moreno y con la cara más marcadamente sudamericana que había visto en su vida, agitando un cartel con su nombre: «JOAN PONS». Junto a un español alto y algo desgarbado, con cara de niño y pelo totalmente canoso. Se presentó:

—Soy su chofer. Le acompañaré junto a don Luis hasta su destino.

No le estrechó la mano, dirigiéndose directamente al canoso.

—¿Vamos al mismo lugar?

Se echó a reír mientras se cubría la boca con la mano, en un gesto un tanto infantil. Era una de esas personas ansiosas por caer bien.

—No. No, que yo sepa. Yo soy ingeniero y voy a supervisar unas obras de una presa.

—¿A una cárcel?

Recibió una mirada extraña, hasta que el tal Luis cayó en la cuenta del malentendido y se echó a reír de nuevo con ganas.

—No, ¡por Dios! Me refiero a un embalse. Mi empresa asesora sobre mantenimiento.

«¡Vaya! Qué corte».

—¿Y son muchas horas de coche?

De nuevo la sonrisa del canoso y una respuesta que quería ser simpática por encima de todo.

—Espero que no. Vamos en helicóptero.

La presencia del aparato puso a prueba su hombría como pocas cosas antes.

«¡Por Dios santo! Si aquello no era más que una cápsula de cristal con nervios que parecían barritas de un paraguas. Parece de todo menos seguro».

Se volvió hacia su compañero, que al ver su cara, se echó a reír.

«Ya me está jodiendo tanta risita».

—Tranquilo. La primera vez yo lo pasé igual, pero te garantizo que el espectáculo vale la pena.

Se dejó convencer, aunque al notar cómo le ataban, le ponían el casco y los arneses, volvió a sentir una claustrofobia salvaje, que se volvió a multiplicar al ponerse el aparato en marcha.

A la primera sacudida, inconscientemente, buscó algo a qué agarrarse, y encontró a su lado tan sólo la pierna de Luis, que volvió a echarse a reír.

«¡Cojonudo! Ahora va a pensar que soy maricón».

—Tranquilo. Háblame. Eso siempre funciona. ¿En qué trabajas tú?

—Yo... —dudó un instante. Eso no se lo habían enseñado en el curso sobre armas y explosivos. Menos mal que Luis lo achacó a los nervios—. Soy... asesor del conflicto.

No sabía nada del tema, pero las ganas de agradar del ingeniero le ayudaron.

—¡Vaya! Por eso vamos en helicóptero. La guerrilla nos habría interceptado si hubiésemos ido en coche, y aun así, corremos el riesgo de que un loco juegue al tiro al blanco con nosotros. Normalmente ignoras ese riesgo, pero hoy, sabiendo que tú vienes conmigo, me siento más seguro. Supongo que no puedes decirme lo que haces... ¿No?

Joan sonrió por primera vez.

—Tendría que matarte. Ya sabes...

«¡Siempre he querido decir eso!».

El canoso rio.

—Pues háblales de mí y díles que soy amigo. Así, si alguna vez nos secuestran, por lo menos que podamos contarlo.

Joan sintió curiosidad.

—¿Tan chunga está la cosa?

Luis se le acercó como si fuese a compartir una confidencia.

—¿Tienes un par de huevos?

«Eso dicen por ahí».

—Sí.

El ingeniero hurgó en su bolsillo y sacó un iPhone. Se lo acercó, con cuidado de que el conductor no sospechase nada. Joan comprendió y asintió.

Era un video en el que había dos rehenes atados de pies y manos, sentados contra una pared, y unos sicarios los mataban... ¡Usando una sierra eléctrica!

«¡Por Dios santo!».

Se obligó a no pestañear, pues sabía que el ingeniero le miraba, pero sintió algo dentro retorcerse, y sudó. Era repulsivo. Lo más salvaje que había visto en su vida.

«¿Y esta es la gente que me va a entrenar?».

Comprendió al instante.

«Por eso me traen aquí. Un curso teórico sobre armas lo dan en cualquier parte, pero a tener cojones no se enseña en una escuela».

Miró a Luis.

—¿Eso es real?

—Lo es.

—Pues te lo agradezco. Si veo una, echaré a correr por la selva.

De nuevo las risas.

—¡Mira! Empieza lo bueno.

De repente entraron en una nube. Durante unos segundos, no vio nada y juraría que el ruido sonó menos fuerte. El helicóptero se sacudió más de lo normal, pero al salir, el paisaje cambió.

Un mar de nubes, del que asomaban montañas cubiertas de un follaje verde tan tupido como una alfombra persa, de las que el sol arrancaba columnas de vapor. Los tonos de los reflejos del sol en las nubes y las montañas creaban una paleta de colores vivos que contrastaban con el blanco de las nubes, del rojo más intenso que jamás había visto, al verde esmeralda tan oscuro y luminoso que parecía azabache.

Se emocionó y olvidó cómo el aire jugaba con el helicóptero.

—¿Esto no se ve en Barcelona, eh?

Le costó salir del trance.

—¿Cómo dices?

—Tu acento. ¿Independentista o centralista?

Le miró con curiosidad.

«Vamos a descubrirnos un poco».

—Independentista radical. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Centralista radical. Y créeme. Si vienes a ver a esa gentuza, sabrás por qué.

«¡Ya me está jodiendo el listo este!».

Le miró con los ojos llenos de furia.

—No sé si eres muy tonto o demasiado listo. ¿Qué coño te importa?

Pero Luis volvió a encogerse de hombros.

—Mira a tu alrededor. ¿Te parece que esto tiene algo que ver con Cataluña? Lo bueno de esto es que cualquier mierda de conflicto queda muy lejos.

«¡Si tú supieras!».

Pero no iba a liarla.

—Puede que tengas razón.

Pero el helicóptero descendía. Luis le estrecho la mano.

—Yo me bajo aquí. Espero volver a verte. Buena suerte.

Se despidió con un gesto, antes de que el aparato volviera a sacudirse.

Era cierto. La conversación distraía y su ausencia volvía a traer el miedo. Para mitigarlo, se obligó a pensar.

«Según Arcadi, el Govern lleva años haciendo campaña internacional. ¿Tan poco ha calado que aquí, donde los ecos de conflictos deberían ser bien vistos por solidaridad, no se sabe nada?».

Pero su reflexión duró poco. Le dejaron en un claro en medio de la selva. El piloto parecía asustado y prácticamente no llegó a posarse en tierra. Le ordenó que agarrase su petate y saltase.

Al pisar tierra firme, ya le veía del tamaño de un insecto, huyendo a la seguridad relativa de las alturas.

Quedó en medio de la nada, preguntándose qué coño hacía él allí, mirando sus pies como si fueran un cebo para serpientes, que era lo que más temía en el mundo, cuando escuchó el motor de un coche, y al poco lo vio emerger de la maleza; un Jeep, al que se subió, sin que el chofer le dirigiese la palabra.

«¡Joder! ¡Si esto parece Drácula en versión selvática!».

Tras una hora larga de coche, en la que las sacudidas del asiento castigaron su culo y espalda, se abrió un claro rodeado de chozas cubiertas de vegetación. Nada quedaba a merced de la vista de un pájaro. Todo estaba perfectamente cubierto y camuflado.

Le llevaron caminando entre niños que le seguían, señalándole entre risas.

«¿Se estarán preguntando si soy de los buenos o de los que van a dar matarife con la sierra eléctrica?».

Entraron en una cabaña. Joan se sintió acorralado. Miró las casas sin esperanza de huir si las cosas se ponían feas. Un curioso personaje se le enfrentó.

—Señor Pons.

Un hombre feo como él solo. Gordo como un cuco y con un bigote largo y ralo que parecía tener restos de la comida de Nochevieja de hacía un lustro.

—Sí.

—Pues no. Aquí no valen nombres, salvo que yo los apruebe. —Le miró con interés—. Te llamaremos «Vampiro».

—¡Y una mierda!

Lo que le asustó fue la naturalidad con la que el payo poni se levantó y sacó su pistola, amartillándola contra su boca.

«¡Ya la hemos jodido!».

—Aquí no eres nadie. Esto es una escuela. Nos han pagado para hacer de ti un hombre. Porque no eres un hombre. Eres un mierda. ¿Quieres ser un hombre?

Joan no respondió. El hombre sonrió. Con la pistola apuntándole, comenzó a sudar, y no sólo por la agobiante humedad y el calor. Vio los ojos del mandamás y recordó el video.

—Eres lo que se llama en tu país... —dudó— ¿un becario? ¡Sí! Eso es. Un becario. Y a tus jefes se la trae floja que no regreses. Muchos no vuelven, porque en esta escuela no se suspende. Si fallas la primera, te pegamos un tiro. ¿Está claro?

Joan asintió por primera vez con la cabeza, sin hablar. El jefecillo rio, haciendo ondular su bigote.

—Culpa mía —dijo mientras se señalaba el pecho—. Tenía que habértelo dicho antes, así que esa cagada no cuenta. Empezaremos de nuevo. ¿De acuerdo, Vampiro?

—Sí, señor.

El jefe levantó la pistola de su cabeza.

—¡Muy bien! Veo que lo vas pillando. Lo que vas a hacer, básicamente, es ser uno más de nosotros, y nos vas a acompañar y participar en lo que se te mande.

—Sí, señor.

—Acompáñame. Te vamos a iniciar.

Le temblaban las piernas, pero se obligó a caminar posando los pies con firmeza. No había pasado más miedo en su vida.

Le llevaron fuera, junto a otros hombres, a unos cientos de metros del poblado. Le esperaban dos hombres atados por la espalda, a unos árboles.

Sintió un estremecimiento.

«¡No me jodas!».

El jefe se acercó a él y le tendió su pistola por la empuñadura.

—Acércate a ellos, Vampiro, y te los cargas, pero de cara a mí, que te vea bien. —Sacó su móvil y le enfocó con él—. Ahora.

Joan se sintió acorralado. Miró las caras sin esperanza de aquellos condenados. Habían pasado por tanto que sabían que iban a morir y no pestañearon.

«¡Dios santísimo!».

Intentó ganar tiempo.

—¿Y el vídeo?

—Es nuestro seguro de que no vas a contar nada de lo que veas aquí. ¡Apúrate, que se hace tarde!

Sintió un frío tan intenso, a pesar del calor extremo, que pensó que su corazón se iba a apagar. Él nunca había matado a nadie, y su mano temblaba, aunque seguía esforzándose por que su cara no mostrase signo alguno.

—¡Venga, Vampiro!

De repente, sintió ira.

«¡Esto lo va a ver el hijo puta de Arcadi! ¡A tomar por el culo!».

Sin dudar más, disparó a matar a ambos.

Fue atterradoramente fácil. Al terminar, se quedó como paralizado, con el brazo extendido.

Escuchó las risas y notó la mano del jefe, que le tomó de nuevo el arma de su mano agarrotada.

—¡Muy bien, Vampiro! Hala, vámonos que es hora de comer.

Fue el comienzo de un mes infernal. Participó en emboscadas a grupos de coches. Secuestró a varios occidentales, rogando, cada vez, que no fuera aquel ingeniero. Le había caído bien, a pesar de su curiosidad y sus ingenuos razonamientos. Conocía a gente así, tan centrados en sus trabajos, en los que eran auténticas estrellas, que parecían no sentirse cómodos en el trato social.

No tuvo que matar a nadie más, puesto que el odio de aquellos combatientes era tal que no regalaban una venganza así como así, pero las atrocidades que vio le cambiaron para siempre, y algunas de las cosas que hizo fueron infinitamente más crueles que matar a alguien de un disparo en la cabeza.

Pasó muchos días durmiendo a la intemperie, bajo cortinas de agua que se llevaban la tierra bajo tus pies, haciendo interminables guardias bajo la luna sin dejar de prestar atención a las alimañas que tanto temía. No quiso saber nada de ningún animal. Simplemente mataba cuantas serpientes se cruzaban en su camino, como algo natural, aunque sus acompañantes le reprochaban su odio a la naturaleza.

«¿Qué naturaleza ni qué mierdas? ¡Si te pica una, te cagarás en la naturaleza y en su puta madre!».

Aunque sí apreció la belleza de la jungla y tuvo la ocasión de meditar en soledad sobre el escaso valor que tiene la vida, la necesidad de saborear cada segundo y el nulo respeto por clases, leyes o costumbres que estropearan su placer.

Perdió la noción del tiempo y de su propia identidad, hasta el punto de que el jefe, un día le despertó.

—Señor Pons.

Pareció que se dirigían a otro.

—¿Qué?

El jefe sonrió. Miles de arrugas se estrecharon.

—Sí. Ya no eres más el Vampiro. Te vas. Tu helicóptero te recoge en dos horas. Has sido un buen becario.

«¡Vaya! Hay que joderse».

—¿He aprobado?

El jefe echó hacia atrás su barriga y rio a carcajada limpia.

—¿Estás vivo, no? Dame esa mano.

Se la dio, aunque la encontró floja y húmeda.

—¿Puedo decir una última cosa?

—¡Por supuesto, amigo!

—Si alguna vez cazáis a un ingeniero alto, desgarbado y canoso que se llama Luis, es amigo mío. Te pido que no le matéis.

—Lo recordaré, amigo.

Y se fue.

Volvieron a llevarle al claro, sin despedirse, y de nuevo el helicóptero le recogió sin posarse, de tal manera que cuando logró sentarse y atarse, estaba tan mareado que casi le vomita encima al piloto.

Deseó volver a encontrarse al ingeniero. Sonrió.

«Si supiera el peligro real que corre, se quedaría en España con sus conflictos».

La vuelta a la circulación le resultó mucho más chocante que a la ida. Se preguntó cuál era el fin de aquel viaje tan...

Se dio cuenta de que no sabía cómo calificarlo.

«He matado. He hecho cosas horribles... ¡Y lo peor es que me da igual!».

Cayó en la cuenta. Ese era el fin. Anular su voluntad. Matar cuando se lo ordenaran y que no le importara lo más mínimo. Por eso le habían enviado a un lugar donde la vida no valía nada y el único motivo por el que no le mataron fue por cobrar la mitad del dinero prometido como pago por su «entrenamiento». Ni siquiera sabía a ciencia cierta cuántos días había pasado allí, aunque sabía que no menos de cuarenta. Ya le daba igual ocho que ochenta.

«Arcadi quería crear un psicópata. ¡Pues ya lo tiene!».

Al volver al aeropuerto de Barcelona, recuperó su dinero y su móvil de la consigna donde los había depositado. Ahora comprendía por qué se lo habían ordenado.

Tomó el cercanías hasta Sants. Se alojó en un hotelucho que le pareció un palacio tras la experiencia vivida, e hizo una llamada perdida al móvil de Arcadi, que le llamó a los pocos minutos.

—¡Mi querido becario! ¿Ya has perdido tu virginidad?

—¡Eres un hijo de puta! Deberías haberme dicho a lo que iba.

Arcadi rio.

—Es que entonces no hubieras ido. ¿Sabes que eres el único al que permito hablarme así?

Usó el tono más frío que pudo componer.

—Te equivocas. Hubiera ido, pero hubiera sabido a lo que iba. No más sorpresas, Arcadi. La fidelidad es un concepto que requiere dos extremos. Recuérdalo.

Una pausa.

—¿Y si te digo una cosa que nadie sabe? Te hará comprender.

—Te escucho.

—Yo también lo hice, hace muchos años.

«¡Y una mierda!».

—¡Anda ya! ¿Qué es? ¿Una novatada en el partido? ¿Por eso el líder tiene cara de estreñido?

Arcadi volvió a reír con fuerza.

—Pues es cierto. Yo empecé como tú. Por eso quería que pasases por esa experiencia. Y te diré algo: no creas que he enviado a muchos.

—¿Y cuántos han vuelto?

Silencio.

Un Arcadi sonriente le guiñó el ojo.

A Joan se le pusieron los pelos de punta. Arcadi continuó.

—Así es. Tú serás mi delfín.

—¿Tu qué...?

Arcadi sonrió con su cara de tiburón.

—Disculpa. Aunque eres jodidamente listo, olvidaba que no tienes formación académica.

Sin saber por qué, aquello le dolió, aunque al momento se sintió un poco imbécil.

«¡Te manda a tomar por el culo a matar gente y te da igual, pero luego te ofendes por no saber una memez!».

—¿Y ahora, qué?

—Ahora te voy a encargar tu primera misión. Algo sencillo. Por cierto —rio a carcajadas—, es cierto que el líder tiene cara de no cagar, pero no lo vuelvas a decir jamás. Esta es una línea segura, pero si escuchan eso, nos la lían a los dos.

5. PERE

Castellón, 9 de septiembre

Una injusticia hecha al individuo es una amenaza hecha a toda la sociedad.
Montesquieu

Como cada día, Pere volvía de su trabajo en la Universidad de Castellón. No vivía muy lejos y le gustaba caminar. La tarde era clemente y no hacía demasiado calor. Se acercaba el otoño, cuando los atardeceres eran más bonitos y un ribete rojizo en las nubes parecía anticipar la belleza que se avecinaba en los días siguientes cuando comenzara a refrescar.

Silbaba una tonadilla. Estaba muy contento. El curso de verano estaba a punto de acabar. Unos pocos días, y a corregir exámenes.

Le encantaba. Era como leer un libro y descubrir cosas nuevas de la misma novela cada día. Para lo bueno y para lo malo.

Se le había catalogado como uno de los mejores historiadores de España, pero el destino es caprichoso y se había hecho famoso, no por los innumerables ensayos históricos, reconocidos en el mundo entero, ni por sus conferencias, ni las excavaciones que había llevado a cabo.

Sino por negarse a dar la historia tergiversada de los catalanes. Una historia falsa.

Hacía ya un año de aquello. Al ver el nuevo temario, se había presentado ante el consejo rector de la universidad y había proclamado que él no iba a enseñar propaganda, sino historia real, y que si se empeñaban en su actitud, cuando ellos ni siquiera eran Cataluña, presentaría su dimisión y se trasladaría junto a su familia a cualquier otro lugar donde valoraran más su profesionalidad y los años de estudio. Él tenía una reputación y un legado y no pensaba mancillarlo de aquella manera tan poco digna.

Los rectores, lejos de enfadarse, quedaron encantados con su vehemencia, porque el temario les había sido obligado por el Gobierno tras la enésima concesión a Cataluña.

Así que hicieron de aquello una cruzada, involucrando a los medios de comunicación —por supuesto, a espaldas del buen Pere, que no quería llamar la atención—, poniéndole en una posición que nunca quiso, entre focos y platós de televisión, entrevistas de radio y, en definitiva, un circo mediático.

Al principio intentó oponerse, pero, curiosamente, sus libros comenzaron a venderse como nunca antes, y los editores estaban encantados.

Pere no creía en aquel despliegue hipócrita, pero acabó prestándose por su mujer.

La pobre Alicia siempre le había seguido, aburrida con sus conferencias, esforzada en caer bien a sus amigos historiadores y escritores; todos unos frikis de conversaciones imposibles.

Habían sacrificado medios y dineros en pos del sueño de él, y sobre todo, tiempo.

Tiempo que había pasado y que se manifestaba en arrugas de infelicidad en su bello rostro de piel clara y pecosa, y cabello castaño. Un tiempo que deberían haber dedicado a irse de vacaciones, a ser felices.

Y lo eran a su manera, pero él sentía que le debía algo, así que, con las más que extraordinarias ganancias del año anterior, había contratado un viaje de tres meses alrededor del mundo en primera clase y suites. Un viaje al gusto de ella, sin decírselo a nadie. Sin colegas que hablasen de cronologías, de batallas, de perfiles históricos, o de la receta del *garum* de la antigua Roma.

Pensaba decírselo justo un par de días antes, ya que debía darle tiempo para que comprase ropa y fuese a la peluquería —sonrió—; si no, lo que era una estupefacta sorpresa podía convertirse en un problema.

«¿Y de qué servía un regalo así si no podías compartirlo con los demás?».

Tenía derecho a aquello. Llamaría a sus amigas y se lo contaría como algo trivial, para que se murieran de envidia.

No dejaba de sonreír.

Quería a su mujer como a nada en el mundo y ensayaba mentalmente cómo iba a darle la noticia.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

Salió de su abstracción tan atropelladamente que casi se cae del susto. Levantó la vista.

Un grupo de jóvenes, entre los que había algunos de sus alumnos. El colectivo catalanista.

Había estado tan absorto en sus planes que no se había dado cuenta de que le seguían.

Contó ocho personas, jóvenes. Algunos desconocidos. Uno de ellos parecía especialmente peligroso. Alto, enjuto y fibroso, de pelo negro, ojos azules y piel pálida, que daba una extraña luminiscencia al color de su iris, como un zombi de las series de televisión.

—Hola —saludó Pere sin mucha convicción—. ¿Os puedo ayudar en algo?

—Te acompañamos un rato, que es peligroso ir a casa solo.

Se sintió amenazado. Miró a su alrededor, pero era noche cerrada y en la calle no había nadie. Se había demorado demasiado, pues los pensamientos se le escapaban al momento en que hablara con Alicia, y lo que habitualmente le costaba apenas una hora, le había llevado más de tres.

—Gracias pero me van a recoger en coche. Ya están tardando mucho.

—Pues hasta que te recojan, te haremos de guardaespaldas. Así hablamos un poco.

«Ya sé de qué queréis hablar y no me gusta».

—Pues lo siento mucho pero llevo prisa. Os veo mañana. Si queréis hablar conmigo, pedid una cita y os atenderé como merecéis, que ahora no es momento y estoy cansado. No soy buena compañía.

Apretó el paso, rezando para que le dejaran tranquilo.

Pero no.

Sintió una mano agarrarle el brazo.

—¡Pero si sólo queremos hablar!

Al momento estaba rodeado.

—¡Dejadme en paz!

El primer puñetazo fue en la boca del estómago. No lo esperaba y le dobló el cuerpo. Le pilló soltando el aire de sus pulmones, dejándole sin respiración. Apenas pudo escuchar las burlas del zombi:

—Mírale. Ya no parece tan importante. Como cuando habla en la tele y dice que Cataluña no tiene historia, que nos la inventamos.

El segundo puñetazo en el mentón. Lo encajó bien, aunque sintió su cabeza deformarse como un balón de fútbol.

Intentó levantarse aunque estaba muy mareado.

—Os equivocáis. Puedo explicaros todo. En mi despacho...

Ahora una patada en un costado. Algo crujió. Deseó que no fuera una costilla. Aquello podía retrasar el viaje. Rezó para que sólo quedase en eso.

—¿Qué mierda vas a explicar ahora? ¿De repente has visto la luz?

Otro puñetazo en el estómago. Pere empezó a tener pánico. Aquello no era una protesta de gamberros, sino un linchamiento organizado. Se le echaron encima, golpeándole en todas partes.

—¡Por favor!

El más avisado rio.

—¿De qué te quejas? Siempre dices que la historia la hacemos nosotros en el presente. Pues estamos haciendo historia.

El de los ojos azules se abrió paso entre ellos y le hicieron un corro de apenas medio metro.

Uno de ellos gritó.

—¡Que viene alguien!

El zombi le agarró del cuello.

—Recuerda, viejo: que no te vuelva a oír hablar mal de Cataluña. —Sacó una navaja que brilló bajo la luz de una farola amarillenta—. Te lo voy a escribir para que no se te olvide. Los profesores lo ponéis todo por escrito cuando castigáis, ¿no? Pues tal vez te lo grabe cien veces como a un niño malo.

Escuchó risas, aunque no pudo ver nada. Le agarraron la cabeza con fuerza.

Lo siguiente que sintió fue una quemazón en la cabeza y la sangre corriendo por su rostro.

Le dieron una última tanda de patadas y le dejaron aovillado, rezando para sus adentros.

«Que me pueda ir de viaje. Por favor. Que sólo sean moratones y no haya nada roto».

Despertó en el hospital.

Sintió náuseas y dolor en los múltiples hematomas. Pidió agua. En apenas dos fogonazos de su memoria portentosa, recordó lo ocurrido. Se palpó con inquietud.

«¡Por favor!».

Y aunque le dolía cada movimiento, no encontró nada que pareciera irreparable. Levantó la vista. Miró a su alrededor e instantáneamente sonrió.

A su lado estaba Alicia. Lo único que quería ver. Todo dejó de importar.

—Hola, mi amor.

Ella le sonreía, aunque sus ojos estaban bañados en lágrimas, que la embellecían como a una madona.

Se miró y continuó palpándose. Cuando llegó a su frente, que notaba apretada por algo, dio un respingo al recordar de nuevo. Llevaba un apósito que le cubría toda la frente. Se la palpó y sintió dolor.

Pero estaba bien y era estupendo. Dios le había permitido volver a nacer, pues creía que iba a morir en aquella calle.

Hizo un gesto a su mujer para que se acercara.

La abrazó.

—Estoy bien. Dime qué han dicho los médicos.

Ella se tomó su tiempo. No podía hablar entre sollozos nerviosos.

—Dicen que has tenido suerte. Dos costillas fracturadas pero nada roto; muchos hematomas pero nada serio. La policía dice que no eran profesionales.

Pere pensó en voz baja.

—Pues se equivocan. Al menos uno de ellos lo era. —Se acercó más a su mujer, besándola—. ¿Sabes? Estoy muy contento.

—¿Por qué?

—Porque todo ha acabado. No pisaré más esa universidad. Nos mudaremos en cuanto volvamos de viaje.

—¿Cómo vas a viajar así? ¿Qué viaje? ¿Dices que todo ha acabado y estás pensando en dar alguna conferencia?

—Tranquila. He tenido mucha, mucha suerte.

Alicia le miró con preocupación.

—¿Estás loco?

Pere rio con verdadero placer, aunque al instante tuvo que parar, al sentir un pinchazo en los pulmones.

—Aún tenemos quince días en los que me voy a recuperar, y luego nos vamos, pero no de conferencias. —Sonrió. Estaba tan emocionado que sus ojos se humedecieron—. ¿Recuerdas que siempre te ríes con las bodas en países exóticos?

—Sí, es que son ridículas.

—Pues te vas a casar en Bali. Vamos, si quieres casarte conmigo.

Alicia jadeó.

—¿Pero de qué hablas?

Pere sonrió mientras acariciaba el cabello de su mujer, que se había sentado a su lado.

—Bueno, si no te gustan las bodas balinesas, podemos hacerlo disfrazados de Elvis y Marilyn en Las Vegas.

Ella rio. Volvía a ser la mujer atractiva y coqueta con su buen humor de siempre.

—Estás tratando de cambiar de tema para no hablar de lo importante.

Pere rio aunque le dolió el pómulo.

—Y veo que funciona.

Ella sonrió, pero su cara se tornó seria.

—No bromees, que esto es serio. Podrían haberte matado.

—Sí, pero no lo han hecho, ni me han roto nada gordo, y como de todo se aprende, va a ser un punto de inflexión. Cuando volvamos pediré el traslado a cualquier capital que te guste. A lo mejor en Andalucía, que siempre te ha encantado. Daré clases como un abuelito y no me meteré en líos. Se acabó lo de Indiana Jones.

—¡Y dale con el viaje!

—Es que es de verdad. Tú sólo tienes que decir que sí.

—¿Qué sí a qué?

—Que quieres casarte conmigo, claro.

—O sea, ¿qué sí que hay viaje?

Pere rio de nuevo a carcajadas, aunque un nuevo dolor en una costilla le frenó.

—Pues claro. Pero aún no me has respondido.

Ella le miró con ternura.

—Pues claro que sí, aunque vas a ser el novio más feo del mundo con lo que esos cabrones te han grabado en la frente. —Sollozó.

No quería entristecer a su mujer y se apresuró a cambiar de tema, ansioso por abordar el tema. Quería saborear la expresión de su cara cuando se lo contase.

—Me da igual. Ahora la cirugía estética hace milagros. A ver, que no estás en lo que hay que estar. Nos vamos en quince días. Yo confío en que ya tendré bien las costillas aunque igual tendré que llevar una faja.

Alicia se secó las lágrimas, sonriendo de nuevo.

—¿Y dónde vamos? ¿De verano o de invierno?

—De todo.

Su mujer dio un respingo. Pere rio de pura felicidad.

—¿Y eso?

—A ver. Primero París, por supuesto, la ciudad del amor. Luego Salzburgo y Viena. Más tarde San Petersburgo y Moscú.

Alicia saltó en la cama como una niña.

—¡Me tomas el pelo!

—¡Pero déjame terminar! De Moscú a Bangkok, Phuket, Bali. . .

—¡No!

—He pensado que para entonces ya estaremos cansados, así que para descansar haremos un crucero por Nueva Zelanda y la Polinesia.

—Pero. . .

—Y luego San Francisco, Las Vegas, Nueva York y Miami.

—¡No me mientas!

—Y de nuevo, estaremos cansados, así que un crucerito por las islas griegas y el Mediterráneo antes de volver a Valencia.

—¿Pero cómo vamos a pagar eso?

Pere se sentó en la cama.

—Mi amor. Llevamos media vida ahorrando. Y de repente mis libros se venden muy bien. Así que lo que hemos ahorrado lo guardaremos, y lo que hemos ganado este año nos lo vamos a gastar hasta el último euro.

—Pero... ¿por qué, y por qué tanto?

—Porque te lo mereces. Los dos nos lo merecemos.

Ella cambió el gesto y dejó de sonreír.

—Ya. Y ahora me vas a decir que vas a aprovechar para presentar tu libro aquí y allá...

—No. Seremos dos turistas anónimos. Apagaremos el móvil y no diremos a nadie lo que vamos a hacer.

Su mujer se hizo sitio en la cama y se tumbó junto a él. Miraba al techo, imaginándose el viaje. Pero sólo sonreía, hasta que frunció el ceño y notó una quemazón que iba a en aumento. Tendría que pedir que le dieran calmantes.

—Por cierto...

—¿Sí?

—¿Qué me han grabado en la frente?

Su mujer se incorporó de nuevo, mirándole, con los ojos húmedos, aunque su gesto era de rabia.

—Olvídalo. Como dices, la cirugía hace milagros. Antes de que te des cuenta no lo tendrás. Ya me encargo yo de eso.

Pero seguía sonriendo con buen humor.

—¡Vaya. Sí que me han puesto feo! Yo juraría que me habían arreglado y que lo agradecerías.

—Eres tonto.

—Sí, pero tranquila. No pasa nada. Dime lo que han grabado esos gamberros.

—Tres letras mayúsculas. CAT.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela es una completa ficción y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia o anécdota, salvo las referencias a la historia, fruto de una investigación corroborada por varios historiadores de prestigio nacional e internacional, cuyos nombres no voy a citar para no comprometerlos situándolos dentro de una opinión u otra, aunque sus estudios son fácilmente identificables, públicos y abiertos a cualquiera.

No pretendo acusar ni criticar a nadie con colores o nombres y apellidos, porque cuando se entra en un debate tan controvertido como este, la verdad nunca es propiedad de uno al cien por cien, sino que oscila de un lado a otro.

Siendo honesto, entiendo que resultaría muy cómodo enrocarme en mi posición de novelista y ampararme en el carácter ficticio de la obra para no mostrar mi posición política sobre la cuestión, pero creo que de algún modo sí debo hacerlo.

Aunque suene también a demagogia, diré que me siento dividido entre sentimientos o factores contradictorios. La verdad es que no estoy a favor ni en contra de la independencia, o al menos no tajantemente, y voy a puntualizar mis afirmaciones.

Cuando viajo por Cataluña, encuentro que es una región que amo profundamente, y siento un nexo muy especial hacia ella y los amigos que moran en ella. Y veo un sentimiento nacionalista en las personas, que en los últimos años ha cobrado una increíble notoriedad.

Como uno de los personajes de la novela, veo personas que luchan por la independencia a través de la entrega, del trabajo duro, del sacrificio y la abnegación; siempre desde el respeto a la democracia y la tolerancia, fruto de un sentimiento de amor a su pueblo. Un sentimiento positivo que merece todo mi respeto y que no voy a juzgar, aunque sí cuestiono el modo en que se ha llegado a posicionar este sentimiento en los ciudadanos.

En la otra cara de la moneda está el modo en que, en muchos casos se ha llegado a tal sentimiento: la manipulación de la historia, la propaganda mediática y la huida hacia delante a través del único modo de captar votos, ocultando la realidad social y económica. Creo que los políticos deberían recoger el sentir popular y ser representantes de las inquietudes de su pueblo, en vez de darle la vuelta al concepto y decidir lo que ellos han de pensar, manipularlos, creando una verdad paralela a su medida, como un fin o un enemigo común, que aúne las voluntades y elimine las diferencias, para unir a un pueblo pasando por encima de la verdad.

El sentimiento independentista no es malo *per se*, si viene justificado por el consenso popular, como amor a su país. Pero en el momento en que es inseminado como un virus en la sociedad, deja de ser legítimo. El fin ya no justifica los medios.

Entiendo que si el sentimiento existe, tarde o temprano la independencia se logrará y viéndolo de ese modo no me parece mal, pero cuando los políticos lo han usado para enmascarar una realidad que no les resulta cómoda, están acelerando el proceso con malas artes, quitándole la legitimidad, la justicia.

Por otra parte y como he dicho, y al igual que otro de los personajes, cuando visito Barcelona o cualquier otro lugar de Cataluña (como cualquier otro rincón de España que me haga sentir orgulloso), me siento orgulloso de sentirla como mía, y no me parece justo que me quieran quitar ese sentimiento, sobre todo desde la mentira. Pues en ningún caso se justificaría que un día no se me permitiera la entrada a un lugar que tanto amo.

Entendería que lo más justo, tal vez como medida intermedia, sería un estado federal en el que Cataluña se sintiera nación y yo pudiera continuar estando orgulloso de sus emblemas y de la historia que compartimos (en vez de rechazar la supuesta historia que nos separa) como algo común y desde la verdad, y no como un diferencial forzado e inventado; que, en definitiva, pudiera continuar sintiendo a Cataluña como mía, porque nadie me puede quitar el amor intenso que siento por ella y sus gentes.

Pero yo no soy nadie para interponerme ni en el sentir de un pueblo ni en el de sus leyes, siempre que este sea legítimo y justo.

Por eso espero que el lector sepa interpretar la lectura que quiero expresar de esta ficción o ucronía.

Esta novela pretende entretener abordando un tema realmente candente; para nada crear polémica ni conflicto y sí un debate moderado y tranquilo.

Contiene una tremenda crítica a los políticos que nos han llevado a extremos tan injustos, en que hermanos se sienten encontrados, incluso por odios y violencias, sin importar el color político de los partidos, sin importar si son españoles o catalanes. También contiene una crítica vehemente a la manipulación con fines políticos de la historia. Esto es algo que, como estudiante y admirador de la historia sin juzgar a nadie, no puedo dejar pasar.

Pero también es un homenaje a los buenos catalanes, que sienten un amor tan grande por lo suyo, tanto los independentistas como los federalistas o centralistas. Creo firmemente que cualquier argumento, desde la verdad, el amor a la tierra y la legitimidad es más que respetable; y al igual que uno de nuestros grandes artistas, don Francisco de Goya y Lucientes, dijo que la Fantasía, abandonada de la Razón, crea monstruos, pero unida a ella es la madre de todas las artes, creo que los

argumentos políticos desde la legitimidad son respetables y asumibles, pero jamás desde la manipulación, la violencia y, en definitiva, la mentira.

Me expreso por igual a través de todos los personajes de la fábula, y convendrán conmigo en que sólo hay un «malo de libro», y no es otro que un político, y no precisamente por comer niños como en otro tipo de cuentos, sino por no escuchar la voz de su pueblo. Aparte de este, no hay buenos ni malos, sino seres que creen, que evolucionan y, sobre todo, que aman.

Como también he comentado, es una ucronía. Veamos la definición del diccionario:

ucronía.

1. f. cult. Reconstrucción lógica, aplicada a la historia, dando por supuestos acontecimientos no sucedidos, pero que habrían podido suceder.

Es bastante esclarecedora. Acontecimientos que podrían suceder. No pretendo dar clases de moral a nadie, pero sí poner de manifiesto una situación que está en marcha, y que uno de los caminos en que podría desembocar sería este.

La ironía y el sarcasmo son evidentes, en una crítica abierta a los políticos, de colores, partidos o estados indistintos. Vivimos en la cultura del pelotazo, del Gran Hermano, del máximo rendimiento al menor esfuerzo, de la corrupción, de las promesas incumplidas, de la falsa representación al ciudadano y de la situación cada día más lejana entre este y su supuesto representante.

Estos dos puntos son los únicos en que expreso mi rechazo con vehemencia: la manipulación de la historia y el papel de los políticos en el ámbito actual.

A partir de aquí, que cada cual saque la moraleja o la visión que quiera.

Soy consciente de que se trata de un tema más que polémico, aunque repito, y aunque parezca lo contrario, no tomo partido. En la novela hay visiones diferentes del mismo tema, y del mismo modo, cada cual debe interpretarla como desee.

Confío que, cuando menos, la novela les habrá entretenido y sirva para plantear un debate, no desde el odio visceral, el rencor y los reproches, sino desde una nueva perspectiva global, a vista de pájaro, una vez hayamos vislumbrado al menos un posible futuro. No el futuro más probable, ni siquiera el que yo contemplo, sino un futuro, que nos puede dar pie a crear otros, más o menos halagüeños.

Una cosa está clara, y es que España y Cataluña, de un modo u otro, están condenadas a entenderse. La pregunta que queda en el aire es: ¿de qué modo? También lo dejo al criterio del lector.

En todo caso, y como se plantea al final de la obra, la invitación, antes de cualquier futuro, es a tender puentes de entendimiento entre los dos pueblos, y no a separar.

Espero que se valore mi afán en encontrar intereses y puntos comunes antes que separar, y que nadie interprete la novela como provocación, porque no la hay en absoluto. Antes bien, mi amor por Cataluña es lo que me ha llevado a escribir esta fábula, en la esperanza de que los hechos de la novela no lleguen a producirse

jamás, y que todo quede en una mera anécdota de una mente creativa demasiado bulliciosa quizás.

Tómense mi obra como una invitación al debate, un ejercicio filosófico, un cuento que les haga pensar desde la tolerancia y la democracia.

Y por lo que es, una ficción que les haya entretenido. No pretendo más.

Que cada uno interprete la moraleja a su manera, pues esta y no otra es la riqueza de la literatura.

Espero que les guste.

El autor

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi esposa y mi familia el tiempo que me han brindado para la confección de la novela a pesar de que me haya tenido apartado de ellos, su comprensión y apoyo, y el cariño que crea la madurez desde la que tan sólo un escritor puede sentarse a crear historias. Sin ellos, nada sería posible.

Agradezco a mis amigos los buenos ratos entre palabras, que del mismo modo crean el clima idóneo para la creación, por el equilibrio que aportan a mi vida. No voy a dar nombres por miedo a dejarme alguno.

Gracias a mis amigos escritores por la confianza y la fe en mi capacidad.

Gracias a mis editores por apostar por una causa valiente, por un tema que no muchos abordarían, por creer en mí y valorar mi obra.

Y gracias a los lectores por interpretar correctamente la novela, lejos de posturas violentas y sí cerca del respeto, de la posición en la mente del otro y de los valores democráticos que nos hacen fuertes.